



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.	16 rs.
Seis meses.	30 »
Un año.	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.	2 1/2 ps. fs.
Un año.	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Tres meses.	11 fr.
Un año.	21 »
FILIPINAS Y AMERICA	
Seis meses.	3 1/2 ps. fs.
Un año.	6 »

ÉPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 22 — Madrid 5 de Agosto de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas.—*Crónica universal*, por R.—*Carta de Roma*, por D. J. M.—*Los grabados*.—*El escapulario del Carmen*, por D. Valentín Gómez.—*La batalla de las Navas*, por don V. de la F.—*El árbol seco* (balada), por D. Manuel Cañete.—*Amor filial* (leyenda).—*Una mártir desconocida ó la hermosura por castigo*, por D. J. E. H.—*Agricultura*.—*Conocimientos útiles*.
GRABADOS.—El P. Ignacio Carbonelle.—*El arroyo*.—*Portada del crucero recientemente restaurada en la catedral de León*.—*El molino de los Soubirons en Lourdes*.

LA DECENA

No puedo pintar á mis lectores la sorpresa que recibí anoche al hacer mi ya habitual estación en el Salón del Prado. Hay que advertir que iba yo, á remolque de mi criado Roque, algo preocupado, pensando en un aprovechado alumno de la esgrima de *sable*, que durante dos semanas, día por día, me ha asaltado pidiéndome dinero. Anoche volvió á la carga cuando salía á dar mi paseo ordinario; formuló su petición (que yo conocía ya de antemano), obtuvo la respuesta (que él debía saber ya de memoria), y sin desconcertarse y saludando con exquisita urbanidad, se despidió diciendo:

—Hasta mañana, D. Blas.

Esta terrible amenaza pesaba sobre mi ánimo y me tenía preocupado, como digo arriba, cuando me senté en el sitio de costumbre, frente á la fuente de Apolo ó de las Cuatro Estaciones, que no sé en verdad cuál es su verdadero título.

Abismado en mis pensamientos, me esforzaba en contar, medir y pesar la cantidad de persistencia mal intencionada que puede caber en el hombre cuya única aspiración se cifra en convertir en acreedores á todos sus prójimos. Hasta empezaba á familiarizarme con la idea pecaminosa de transigir, mediante un pequeño desembolso, con mi adverso destino, representado en aquel pretendiente eterno á una plaza de deudor, á fin de quitármele de delante, cuando vino á sacarme de mi abstracción una voz y una palabra conocidas, que me hicieron volver la cabeza hacia el grupo donde habían sonado.

¡Qué casualidad! Había ido á sentarme al lado del mismísimo corro de *hombres puros* (esto es, sin mezcla de señoras ni de niños) que me había servido como de apuntador para recitar ante ustedes mi última *Decena*.

Esto no tenía nada de extra-

ño, como tampoco que me fuesen algo conocidas las voces de las personas que figuraban en el corro. Pero lo que me produjo una sorpresa que tocaba en los lindes del terror, lo que me hizo dudar del testimonio de mis sentidos y figurarme que soñaba ó que todos aquellos señores, al parecer tan graves, se habían confabulado para embromarme, fué ver entre los concurrentes al mismo sujeto, en el mismo sitio donde le vi diez noches antes, con el mismo papel en la mano, en la mismísima postura, accionando de la propia manera y pronunciando (esto fué lo que me dió escalofríos) idénticas palabras sobre... ¡el bando del Ayuntamiento de Madrid!

Después de asegurarme de que aquello que oía y veía no era una aberración de mis oídos y de mis ojos, me eché á nadar (por supuesto, metafóricamente) en un mar de confusiones. Llegué á pensar que aquella reunión de personas no se había movido de aquel sitio desde hacía diez noches, bien fuese por distracción, bien por el gran interés de la conferencia, bien por no exponerse á que les robasen el modo de andar, como había dicho uno de ellos. En fin, no quiero consignar todas las ideas, á cual más extravagantes, que se me fueron ocurriendo sucesivamente al observar tan extraño fenómeno.

Este dejó de serlo cuando pude hacerme cargo de la situación y averiguar que, en efecto, se trataba de un bando, pero no aquel bando publicado adrede para llegar al límite posible de la altura en que debe colocarse una capital de 500.000 habitantes, sino

de otro bando nuevo, especie de complemento del anterior y destinado con aquél á completar la *bandeda* de disposiciones, medidas y reglas que ha de cernerse majestuosamente sobre el risueño jardín de la policía urbana de la Corte.

No quiero, por respeto á la literatura municipal, repetir los burlescos comentarios que en el corro se hacían sobre el fondo y la forma de aquel documento. Aparte de algunas censuras que me parecían fundadas, pude colegir que el nuevo bando contiene prevenciones muy atinadas acerca de tranvías, alumbrado público, limpiezas, alcantarillas, establecimientos insalubres, almacenes de materias inflamables, mataderos, etc., etc.

De mi mismo parecer era uno de los concurrentes á aquella reunión, que atajando la facundia intemperante del *caballero de los chistes*, decía:

—Ríanse ustedes cuanto quieran del bando, pero, tal como es, ya podríamos darnos por contentos si se hiciese efectivo siquiera en un 25 por 100.

—No hay que desconocer —añadió otro— que mucha parte de responsabilidad en la falta de cumplimiento de las ordenanzas de policía alcanza al público en general, que se muestra indiferente á los abusos que se cometen á su vista, sin tomarse la molestia de denunciarlos á los agentes de la autoridad. Ya andarían éstos más listos en el cumplimiento de su deber si todo ciudadano que advierte una falta de policía se acercase á los encargados de castigarla, para exigirles lo que es de su incumbencia.

—Eso sería cuento de nunca acabar —objetó un tercero.

—Desengañese usted, que si todos cooperásemos, cuál más cuál menos, á *hacer policía*, realizaríamos el bello ideal del Ayuntamiento de llegar al límite posible de la altura.

—Podríamos empezar ahora mismo á ejercer nuestras funciones de fiscales oficiosos —dijo otro;— propongo que nombremos una comisión que vaya al Municipio para pedirle que el alumbrado sea público.

—No comprendo lo que quiere usted decir.

—Es muy claro... no el alumbrado, sino mi propósito. Vean ustedes esa multitud de faroles y comparen su número con la intensidad de la luz que producen. ¿Les parece á ustedes que este alumbrado es digno de la capital de los límites posibles?

—Cierto —contestó otro— que es un alumbrado muy particular.

—Por eso, porque es particular, deberíamos pedir que fuese público.

—¡Bah! —exclamó el de los chistes— no es costumbre que sean públicos los alumbramientos.

—Cuando se pone usted á hacer frases, parece que está usted haciendo bandos.



EL P. IGNACIO CARBONELLE.

— Gracias.

— Eso es lo único que les falta á los chistes de usted para hacer efecto.

— Porque mis chistes son del género serio, como el alumbrado de Madrid es del género oscuro.

— Nada... no nos hace usted reír, por más que suelte todos los chistes de su trahilla.

— Consistirá probablemente en que los tengo con bozal.

— Usted, por singularizarse, quiere ser el único español que obedece los bandos de policía urbana.

— ¡Por un perro grande, *La gran sorpresa!* — gritó á la sazón un chicuelo, parándose delante del corro.

— ¿Qué es lo que vende ese muchacho? — pregunté á Roque.

— Un periódico con regalo — me contestó.

— No comprendo... ¿Qué regalo es ese?

— Puede ser una fosforera, un jamón, el retrato de Mazzantini, una comedia en verso, una chambre, una pastilla de jabón, etc., etc.

— ¿Y esos jamones y Mazzantinis, se los llevan á domicilio á los lectores?

— No, señor; el comprador del periódico, si le toca un premio, acude á la redacción á reclamarle.

— Es una idea original.

— Y un negocio lucrativo, á lo que parece; como que, al olor de la ganancia, se han fundado ya otros cuatro periódicos, que hacen la competencia á *La gran sorpresa*.

Al llegar aquí interrumpí mi diálogo con Roque para seguir escuchando lo que se hablaba en el corro.

— Parece — decía uno — que el Gobernador no concede permiso para que se celebren corridas de toros por la noche.

— Es una lástima — añadió otro — porque debe hacer un efecto sorprendente la Plaza de Toros de Madrid alumbrada por la luz eléctrica.

— Sin embargo, los verdaderos aficionados, los que mantienen vivo el fuego del arte y rinden culto á nuestras gloriosas tradiciones, aplauden la decisión de la autoridad civil. Dicen que sería una especie de profanación aplicar los afeminados procedimientos modernos á un espectáculo que no tiene ni quiere tener nada de común con la cultura y con el refinamiento de las costumbres. Y luego, señores, que si se admitiese esa novedad, iríamos, de una en otra concesión, hasta desnaturalizar el carácter de la fiesta nacional.

— Es claro — interrumpió otro; — después de *nocturnizar* un espectáculo que se ha hecho para celebrarse en pleno sol, y de alumbrarle artificialmente, habría quien propusiese que se instalasen butacas, y se cubriese la plaza, y se estableciesen guardarropa y caloríferos...

— Y antes de muchos años — añadió un aficionado convencido — el espectáculo nacional por excelencia quedaría rebajado á las condiciones del Teatro Real ó del Salón-Romero.

— Pero, señores — objetó otro, — tampoco se puede cerrar la puerta en absoluto á los adelantos de la época. Yo opino que se deben aceptar las reformas prudentes que la experiencia aconseje, con tal que no afecten á la esencia del espectáculo, con tal que no le quiten nada de su pristina ferocidad.

— En tal caso ¿admitirá usted que se dé participación al bello sexo en la lidia de toros, una vez demostrado por la *Fragosa*, la *Morena*, la *Rubia* y otras esforzadas matronas que las aptitudes taurómacas no son patrimonio exclusivo del sexo fuerte?

— ¿Pues no he de admitirlo? — se apresuró á contestar el interpelado. — La intervención de la *mujer*... adviertan ustedes que no digo de la *señora*... en la lidia de toros abre nuevos horizontes al arte, aumenta los alicientes del espectáculo, y no le quita ninguno de los elementos constitutivos de su ferocidad, antes bien los exalta y enardece.

— Además — añadió otro — esto abre una nueva carrera á la mujer, tan desprovista de medios para procurarse la subsistencia.

— Y así demostrarán esas heroínas — interrumpió el de los chistes — que sirven lo mismo para un berrendo que para un fregado.

— Hablando de otra cosa — dijo un señor que aparentaba leer un periódico á la sombra del farol de gas; — más gracioso que los chistes de nuestro amigo me parece el caso de ese secuestrador capturado en Granada, que ha obligado á sus aprehensores á que le den el tratamiento que le corresponde.

— ¿Como secuestrador?

— Como poseedor de un título académico... Alegaba que nadie tenía derecho para secuestrarle el *Don* que legítimamente le pertenecía.

— Es muy posible — dijo el gracioso — que ese sujeto use en su papel de cartas el siguiente mem-

brete: «Don Fulano de Tal, secuestrador *in utroque*».

— ¡Por Dios! no siga usted perpetrando chistes, porque temo que vayamos todos, usted como autor y nosotros como encubridores, á dar de hocicos en la prevención!

— Lo mejor será que nos vayamos á casa, porque son cerca de las doce.

Al oír esto miré mi reloj, y despertando á Roque, que dormía como un bienaventurado, me cogí de su brazo y emprendí el camino de mi domicilio, poco satisfecho del resultado de mis observaciones durante esta noche.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL

TERMINADAS las elecciones en Inglaterra, triunfando los conservadores, y vista la actitud de los prohombres del partido liberal, con Mr. Gladstone á la cabeza, el cual se decía pensaba retirarse á la vida privada, noticia que á seguida se desmintió, era imposible su continuación. Después de los cálculos de los políticos, y cábalas formadas, de reuniones y proyectos y programas de los mismos, la reina Victoria encargó la formación del Gabinete á Lord Salisbury por consejo de Mr. Gladstone.

Dicho prohombre, ausente de Londres, volvió inmediatamente, convocó á los hombres notables de su partido á presentarse después en Palacio, y recibido el encargo de S. M., vencidas las primeras dificultades, formó el Gabinete, que ha quedado constituido en la siguiente forma:

Iddlesleigh, ministro de Negocios extranjeros.

Churchill, canceller del Echequier.

Cranbrook, presidente del Consejo privado.

Chaplin, Gobierno local.

Stanhope, Comercio.

Mauners, Correos.

Plunkett, Obras públicas.

Wobster, procurador real.

Ahsburne, canceller de Irlanda.

El marqués de Londonderry ha sido nombrado virrey de Irlanda.

Hicks-Beades, secretario de Irlanda.

Se propone Lord Salisbury apoyar al marqués de Hartington, á pesar de su negativa á tomar parte en el Gabinete, sobre todo en la cuestión de Irlanda, y según afirmó en la reunión tenida en Carlton Club, ante su partido, esperaba encontrar una fórmula aceptable para el arreglo permanente y definitivo de los asuntos irlandeses; palabras que fueron acogidas con grandes aplausos.

Los demás asuntos tratados en aquella reunión son relativos á la cuestión administrativa y económica, para evitar una nueva legislación en el otoño, terminando la presente en fin de este mes.

Los liberales han acordado esperar el discurso del Trono antes de tomar acuerdo alguno sobre la conducta que deben seguir, tratando de provocar un debate relativo al mismo si no contiene alusión alguna á la cuestión de Irlanda, aunque no insistirán en que recaiga votación, como era de presumir, dada su derrota.

Según las últimas noticias comunicadas por el telégrafo, el Gabinete, contando con el apoyo de los unionistas, abordará de frente la cuestión de Irlanda.

Se muestra alarmada la prensa inglesa con la agitación feniana que cunde en los Estados Unidos, fomentada por O'Donovan Rosa.

Este defendió la emancipación de Irlanda é hiciéronle sufrir en los presidios ingleses atroces suplicios por esta causa. Su odio, pues, á Inglaterra es inmenso, y de aquí el temor que inspira á los periódicos la Fraternidad Feniana, asociación sometida al poder dictatorial de O'Donovan Rosa.

He aquí algunos extractos de la constitución de la terrible sociedad.

Artículo 1.º La Fraternidad Feniana es una sociedad perfectamente independiente.

Art. 2.º Los miembros de ella quedan ligados entre sí por el siguiente juramento:

«Yo... empeño mi palabra de hombre honrado y leal, de trabajar con todas mis fuerzas para librar á Irlanda del yugo de Inglaterra y establecer un Gobierno libre é independiente en el suelo irlandés; de hacer cuanto esté en mi mano para desarrollar entre los irlandeses un sentimiento de mutuo amor, de paz y de concordia; de sostener, propagar y defender la fraternidad feniana con todas mis fuerzas; de cumplir escrupulosamente todos mis deberes de miembro de la Sociedad como dispongan sus cons-

tituciones y leyes; de obedecer sin discusión todos los mandatos de mis jefes de la Fraternidad Feniana en cuanto se relacione con los intereses de la Sociedad; de guardar todos los secretos que me sean confiados.»

Cien mil hombres han firmado este juramento. Cien mil hombres convertidos en máquinas, fanáticos que han abdicado su voluntad y entregádose en cuerpo y alma á discreción de O'Donovan Rosa.

El telégrafo anunció que la prensa militar italiana se estaba ocupando de unos misteriosos ejercicios realizados por las tropas italianas en la frontera de los Alpes y en particular por la parte de Mont-Cenis.

El ministro de la Guerra francés se dirige á la frontera de Italia con objeto de inspeccionar las fortificaciones y las tropas de las plazas fronterizas.

Se establece relación entre ambos hechos, los fondos franceses é italianos en la Bolsa de París bajan y los rumores y conjeturas de próximos conflictos se propagan, despertándose ciertas inquietudes al considerar la especie que circula de que Italia va á prorrogar su tratado con Austria y Alemania y al contratiempo que ha tenido el convenio de comercio franco-italiano.

La noticia del viaje del ministro francés ha sido, sin embargo, atenuada por la prensa oficiosa francesa, diciendo que nada tiene de particular que el ministro trate de inspeccionar por sí mismo el estado de las principales plazas francesas.

Por lo que hace á la baja de los fondos, como es sabido, no es criterio seguro, ni mucho menos, para apreciar la gravedad de una situación.

Francia se agita con motivo de las elecciones de consejeros generales (diputados provinciales). Los ministeriales confían obtener una respetable mayoría republicana, pero la lucha se ve que ha sido muy reñida.

Después de las elecciones legislativas generales, es la más importante manifestación electoral que puede hacer Francia en el intervalo de dos legislaturas.

No cabe duda que tendrán un carácter político muy marcado estas elecciones, de cuyo resultado, cuando reciban nuestros lectores este número, se tendrán ya noticias ciertas. Basta tener en cuenta que los consejeros generales y los de distrito, son electores senatoriales de derecho propio.

El Consejo de Estado se ocupará en breve de los recursos entablados ante este alto Cuerpo por los príncipes á quienes se ha privado de sus empleos militares. Créese que el Consejo no aprobará el proceder del Gobierno respecto de los que han adquirido sus empleos de una manera irregular; pero falta saber cuál será su acordada respecto al príncipe Rolando Bonaparte, que ha ascendido sin deber ninguna gracia al favor.

La coalición conservadora ó monárquica continuará, con motivo de estas elecciones, á pesar de que los periódicos republicanos pretenden que aumenta la escisión entre orleanistas y bonapartistas.

Gran número de personas pertenecientes al partido católico se dirigen á Caen, donde se verificará el congreso de la Unión de las Asociaciones Católicas, bajo el patronato del episcopado francés. Se tratará principalmente en dicho Congreso de la cuestión social que preocupa la atención pública, y el número de sesiones que celebrará será el de cinco.

El socialismo da tristes muestras de vitalidad en Holanda ocasionando desórdenes en Amsterdam, promovidos por la excitación popular, y dando por resultado con la intervención de la fuerza pública para el restablecimiento del orden, lamentables desgracias y gran número de heridos.

También en Bélgica se muestran muy excitados los trabajadores por el resultado de las elecciones favorables al partido conservador ó católico, que atribuyen á la restricción del voto electoral, y reclaman una modificación en la ley. Se proyecta una manifestación monstruo para el 15 de Agosto, á la cual se oponen las autoridades; lo que hace temer graves desórdenes.

Se atribuye gran importancia política al viaje del archiduque de Austria Carlos Luis, que visitó recientemente al príncipe imperial de Alemania, á Peterhof, para visitar al czar de Rusia.

Se afirma en los círculos políticos que las relaciones entre las cortes de Viena y San Petersburgo son sumamente afectuosas.

Son en extremo desconsoladoras las noticias que los periódicos norte-americanos nos dan sobre la miseria espantosa que reina en el Labrador y al Norte de Terranova. Aseguran que unas 1.600 personas han muerto materialmente de hambre.

Unas 12.000 se encuentran bloqueadas por las nieves y los hielos que se han presentado antes de tiempo. Los osos blancos en grandes bandadas, huyendo del frío excepcional, descienden de las regiones árticas hacia el Sur, devastando el país. Enormes masas de hielo procedentes del polo se acumulan en las costas, impidiendo la navegación.

Que Dios tenga clemencia de aquellos infelices habitantes.

Dos noticias que llevarán la alegría a nuestros lectores:

Según un despacho de Londres, los temores de una guerra entre los Estados Unidos y Méjico, que se abrigan a principios de la decena sobre la cuestión suscitada en la frontera de ambas repúblicas, se han disipado por completo.

La emperatriz de Alemania, que se dice ser secretamente católica, ha regalado a una hija de la caridad, que celebraba en Coblenza el 50 aniversario de entrada en la Congregación, un Santo Cristo de gran valor artístico, honrando la fiesta con su presencia. Además le ofreció un ramo de rosas, una fotografía con dedicatoria, y le entregó un regalo de la gran duquesa de Baden.

R.

CARTA DE ROMA

Roma 23 de Julio de 1886.



EN su día comuniqué la noticia de que en un distrito donde predomina el elemento republicano se había elegido diputado al conocidísimo criminal Amilcare Cipriani, que está en un presidio extinguiendo la pena a que fué condenado hace años por delitos atroces. Como era de esperar, el acta de tal elección fué anulada, en virtud de lo dispuesto por las leyes que rigen en la materia; pero los electores de aquel distrito aspiraban evidentemente a alcanzar mucho renombre en la historia, y he aquí que al hacerse nuevas elecciones confían otra vez al mismo penado el encargo de representarlos en el Parlamento italiano. También, hace cosa de cinco ó seis meses, aquí mismo eligieron diputado a otro caudillo de la democracia más avanzada, que a la sazón estaba preso, y ahora se trata otra vez de buscar en la cárcel quien represente Roma y su vecindario en el Parlamento italiano. El tribuno en quien se han fijado, por segunda ó tercera vez, es el antiguo director de un periódico que hace cuatro ó cinco años levantó grandísima polvareda con su diaria revelación de secretos y noticias que a varios prohombres políticos molestaron y mortificaron mucho. El Gobierno está preocupado ante las probabilidades que tiene Coccapieller de salir diputado: se han circulado las órdenes oportunas y se vienen tomando las disposiciones necesarias para sofocar en su origen toda clase de ruidosas manifestaciones, que tal vez se preparan en honor del *amigo* del populacho. No desfallece éste, sin embargo; hoy mismo ha acudido en masa *alle Carceri Nuove*, donde está preso Coccapieller, y su actitud no es para infundir calma y tranquilidad en el ánimo de los que dirigen la cosa pública. ¡Qué bajo está el nivel de la moralidad! ¡qué triste elocuencia se desprende de los hechos que acabo de contar! Para poner un dique al torrente de la inmoralidad que ya tanto se extiende, no habría más remedio que velar cuidadosa y atentamente por la sana educación y la instrucción religiosa de las nuevas generaciones, pues el árbol de la revolución no puede dar buenos frutos; pero por lo que sucede en esta capital no parece sino que el Gobierno y el Ayuntamiento rechazan a todo el que les aconseje infiltrar savia de religión en el árbol de la enseñanza oficial. Y cuenta que Roma, por la predilección con que la mira el Papa, cuya generosidad en favor de cuanto pueda fomentar el desarrollo de la vida intelectual no tiene límites, sigue siendo aún actualmente la ciudad de Italia en donde hay mayor facilidad de cursar buenos estudios: en las demás partes de la península acaba de verse, por el resultado que han dado los exámenes de fin de curso, que los estudios serios están por el suelo.

En estos mismos días se ha hablado bastante de Cesare Cantú con motivo de un Breve laudatorio con que le ha honrado Su Santidad. Por cierto se ha comentado mucho, y todos repiten los elogios que hace el Papa del ilustre historiógrafo lombardo,

por el propósito que tiene manifestado de publicar una nueva edición de todas sus obras, corrigiendo y enmendando las faltas, equivocaciones y errores que en cualquier modo y por cualquiera razón pueden haberse deslizado en ellas; pues aunque las obras de Cantú estén nutridas de buena y vasta erudición, sabido es que no dejan de causar extrañeza, por la seguridad con que se ofrecen, ciertas afirmaciones históricas no muy fundadas y comentarios y juicios no perfectamente amoldados a la imparcialidad y justicia. Después de todo, si el mismo San Agustín escribió en su vejez dos libros de *Retracciones*, cuyo fin exclusivo fué el de explicar, corregir ó retractar lo que había dicho ó escrito en los primeros años de su carrera literaria, no merece sino plácemes y felicitaciones el pensamiento que ahora acaba de manifestar el ilustre Cantú. ¡Que la bendición del Pontífice le dé aliento y fuerzas bastantes para realizar su excelente propósito!

Mas no paran aquí los comentarios a que aludo arriba, ni tendía exclusivamente a esto mi larga digresión: quería decir, sobre todo, que con motivo de haberse refrescado el recuerdo de Cantú, observan muchos que parece destinado a cerrar la serie de los literatos ilustres, pues el molde en el que se hicieron los grandes italianos, que tanto honraron a su patria con el estudio y cultivo de las letras, parece que se ha roto. Para consolar a los aficionados a estudios clásicos, tengo, sin embargo, una buena noticia, y es la de haberse ahora publicado dos nuevas poesías latinas de Su Santidad: descuella en ellos la piedad y devoción de León XIII hacia la Virgen, a quien se dirigen, pero hácelas también apreciabilísimas la elegancia de la forma y la pureza del estilo clásico, que a juicio de los más entendidos las coloca al lado de los mejores epigramas de Catulo. Por la dignidad excelsa de su autor y por lo repartida que espero siga siendo LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA en todas las clases de la sociedad, me parece no vendría mal la publicación de dichas poesías en su misma lengua original: a este fin acompaño un número de *La Unità Cattolica*, de Turín, que ha sido el periódico que las ha publicado primero, no habiéndolo hecho todavía ninguno de los de Roma, y concluyo apresurando con mis votos la realización de los deseos del augusto vate.

J. M.

Las notabilísimas poesías a que se alude en la carta anterior dicen así:

AD BEATAM VIRGINEM MARIAM

PRECACIONES.

I

Ardet pugna ferox; Lucifer ipse, vident,
Horrida monstra furens ex Acheronte vomit.
Ocius, alma Parens, ocius affer opem.
Tu mihi virtutem, robur et adde novum.
Contere virgineo monstra inimica pede.
Te duce, Virgo, libens aspera bella geram:
Diffugient hostes; te duce, victor ero.

II

Auri dulce melos, dicere MATER AVE.
Dicere dulce melos, o pia MATER AVE.
Tu mihi deliciae, spes bona, castus amor
Rebus in adversis tu mihi praesidium.
Si mens sollicitis icta cupidinibus,
Tristitia et luctus anxia sentit onus;
Si natum aerumnis videris usque premi,
Materno refove Virgo benigna sinu.
Et cum instante aderit morte suprema dies,
Lumina fessa manu molliter ipsa tege;
Et fugientem animam tu bona redde Deo.

LEO PP. XIII.

LOS GRABADOS

EL P. IGNACIO CARBONELLE.

Cualquiera que fije la vista en el retrato que damos en la primera página de este número, por poca fe que tenga en las leyes ó doctrinas de la fisonomía no podrá menos de reconocer en los rasgos y facciones del semblante, en la fijeza de la mirada, en la expresión de los labios, en todas las líneas, en fin, del rostro del personaje que representa, indicios de una vasta inteligencia y de una voluntad hecha a contrastar las mayores dificultades. Tales son, en verdad, las cualidades características del P. Ignacio Carbonelle, miembro ilustre de la Compañía de Jesús, belga de nación y secretario de la célebre Asociación Científica de Bruselas. Tendrá actualmente unos 60 años, pero tal es la actividad

de su espíritu que cualquiera le supondría aún en el vigo de la edad floreciente.

El campo donde ha desenvuelto esta actividad y donde ha hecho mayor alarde de su ingenio y de sus facultades extraordinarias es el estudio y la vulgarización de las ciencias matemáticas y naturales. Pasó su juventud en Bélgica, y después de ilustrarla con su enseñanza fué enviado por sus superiores a las posesiones inglesas del extremo Oriente, donde ensanchó la esfera de sus estudios astronómicos y meteorológicos bajo la mágica influencia de aquel cielo brillantísimo. Vuelto a Europa y madurados ya sus trabajos, publicó muchos ensayos científicos, entre otros una serie de artículos acerca de la *Termodinámica*, que llamaron extraordinariamente la atención de los hombres más doctos en esta materia, una de las más difíciles de la Física. Las demás partes que abarca el estudio de la naturaleza le debieron también notables adelantos. Mas todos estos trabajos no fueron sino preparación para la obra grandiosa que ha llevado a cabo en estos últimos años, y a la cual irá unido indisolublemente su nombre. Nos referimos a la Asociación Científica de Bruselas.

Conociendo que uno de los medios que han contribuido con más eficacia a la propagación y afianzamiento de las ideas en los tiempos modernos ha sido sin duda alguna la creación de asociaciones compuestas de hombres que, diferentes por sus condiciones sociales y aun por su origen ó nacionalidad, convenían en la semejanza ó comunidad de estudios y en el deseo de hacerlos adelantar y de llevarlos a mayor grado de perfección, ideó el P. Carbonelle el proyecto de una vasta Asociación internacional, destinada a promover las ciencias naturales, a dirigirlos por el buen camino y demostrar con hechos, más que con teorías y generalidades, cómo no hay ninguno de los adelantos y conquistas científicas modernas que no quepa en el campo de la religión y que no logre en él sus más excelentes resultados.

Para disponer y asentar las bases de esta obra, reuníanse el 1.º de Mayo de 1875 en Bruselas diez personas doctas, y aun eminentes en los varios ramos del saber y a quienes unían los dulces lazos de la amistad. Después de consideradas todas las dificultades y dádoles conveniente solución, se pasó a formar los Estatutos por los cuales debía regirse la nueva Asociación, y el 17 de Junio del propio año estaban ya definitivamente redactados. El darles debido cumplimiento y realizar el plan con tanta madurez y acierto combinado quedó a cargo del P. Carbonelle. Para ello emprendió viajes por Bélgica, Holanda, Francia, Alemania, etc. a fin de allegar elementos para la formación de la Sociedad, consultar a los hombres más doctos de estas naciones, animarlos a tomar parte en la empresa y proponerles la clase de trabajos con que podían contribuir al mejor éxito de ésta; tanto trabajó y se esforzó, que el 15 de Noviembre de 1875 pudo inaugurarse la Asociación Científica Internacional de Bruselas con la suma respetable de 453 socios, entre los cuales había profesores eminentes, socios de las Academias de Ciencias de París y de Roma, varones insignes que por sus trabajos habían ganado ya gloria imperecedera en el cultivo de toda clase de conocimientos. Primer presidente de la Asociación fué el célebre Dr. Lefebvre, y su secretario el que había sido su iniciador, el que había de ser en adelante su alma y su vida, es a saber, el P. Ignacio Carbonelle. De los bienes y frutos producidos por la Asociación, en los once años que lleva de vida sería difícil dar cuenta, a no entrar en largas explicaciones y comentarios. Estos bienes, por otra parte, están a la vista de todo el mundo: los 9 volúmenes de sus *Anales* y los 19 tomos de la *Revista de cuestiones científicas* hablan más en favor de la Asociación que cuantos elogios y alabanzas podían tributársele. Por otra parte, el continuo acrecentamiento del número de los asociados, el entusiasmo, siempre creciente también, que ha reinado en las reuniones que periódicamente se han celebrado en Bruselas, la difusión de sus libros y suscripciones, y sobre todo el favor de los buenos y las bendiciones del Padre Común de los fieles que en varias ocasiones han venido sobre la Sociedad, han demostrado clarísimamente que esta no solamente es una obra excelente y saludable, sino también uno de los medios más eficaces que han podido idearse para contrastar la impiedad, acudir a la defensa de la religión y enaltecer los fueros de la ciencia verdadera.

El trabajador más infatigable en esta empresa, su sostén y la base más firme ha sido el P. Carbonelle. El ha publicado en la *Revista de cuestiones científicas* estudios y artículos que son verdaderamente de primer orden. Suya fué aquella serie de estudios que publicados aparte con el título de *Los confines entre la ciencia y la filosofía* forman uno de los tratados más completos que se han escrito hasta ahora sobre las cuestiones fundamentales que pueden ocupar al humano entendimiento en la investigación y estudio de la naturaleza. Suyos son también otros artículos sobre las bases de la Aritmética y la Geometría que han sido muy admirados por los aficionados a las doctrinas matemáticas. Suyos es, en fin, el arreglo, la disposición y redacción definitiva de todas ó casi todas las publicaciones de la Asociación científica, trabajo enorme cuya dificultad solamente puede entenderla quien se ha ocupado en semejantes empresas.

Para llevar a cabo la que tomó a sus hombros el P. Carbonelle necesitaba poseer, como posee, cualidades de primer orden, así en lo que toca al entendimiento como en lo que se refiere a la voluntad. "Es un coloso, nos decía hace algunos meses un amigo desde Bruselas; comparados con él, todos los demás parecemos pigmeos." Y este es el juicio que ha de formar necesariamente quien considere las obras del Secretario de la Asociación Científica de Bruselas. ¡Quiera Dios conservar muchos años su vida para gloria de la religión y de la ciencia verdadera!

M.

EL ARROYO.

Cuadro del pintor Maurano.

Por entre la espesura de un bosque, refrescando los troncos de los árboles que forman su cauce, corre un manso arroyuelo, que de trecho en trecho se precipita por entre las rocas que le cierran el paso, como si trataran de poner á prueba su silencio y mansedumbre. Las copas de los árboles forman una bóveda de verdes hojas, en la cual se destacan, como los nervios en la bóveda de una iglesia gótica, las ramas de los mismos árboles altos y esbeltos, que parecen simbolizar la libertad en que se criaron. Algunos troncos caídos, recuerdan, ora la acción lenta del arroyo que descarna sus raíces, ora la del viento impetuoso que la tempestad introdujo en el fondo de la cerrada selva. El ambiente del paisaje es propio de la estación calurosa del verano, y contrasta con las frescas ondas del riachuelo, que mitigan los ardores del sol y refrescan el aire cargado de pesados vapores. Este precioso cuadro está inspirado en los versos de un poeta francés que, traducidos en verso castellano dicen así:

¡Amable soledad, bosque callado,
Recorrer vuestra sombra es mi recreo!
Yo sueño en vuestras auras extasiado,
Do exento y libre de inquietud me veo.
¡Prestigio singular...! Dulce tristeza
Exhalan, á mi ver, árbol y grama,
Y la onda que murmura con pereza
Al sitio más recóndito me llama.
¡Oh, que no pueda yo lejos del mundo
Pasar aquí feliz mi vida entera...!
Del arroyuelo al murmurar profundo,
Bajo los altos álamos quisiera
Erigir un altar lleno de flores
En templo tan callado y escondido,
Y en él cantar de Dios tantos favores
Como en el mundo sin cesar olvido.

Restanos añadir que el grabado es bellísimo, como que conserva en los tonos del claro-oscuro ciertos vestigios de los colores que tanto avaloran los cuadros de paisajes.

PORTADA DEL CRUCECO RECIENTEMENTE RESTAURADA EN LA CATEDRAL DE LEÓN. — (De fotografía).

(La explicación en el número próximo.)

EL MOLINO DE LOS SOUBIRONS EN LOURDES.

Es muy sabida, por lo reciente y prodigiosa, la historia de la aparición de Nuestra Señora en la gruta de Lourdes. No vamos aquí á repetirla, ni hace falta, para que se sepa lo que significa el humilde monumento que representa nuestro grabado. La feliz niña á quien se apareció Nuestra Señora llamábase Bernarda y era hija de un pobre molinero llamado Francisco Soubirons, que había ejercido su oficio durante algunos años en un molino situado al Norte de la población, sobre uno de los arroyuelos que desaguan en el Gave, hasta que por la competencia de otros más acaudalados, se vió reducido á trabajar de jornalero. Francisco estaba casado con Luisa Casterot, de quien tuvo cuatro hijos; dos hembras, la mayor que contaba catorce años en 1858, de nombre Bernarda, privilegiada criatura que mereció las revelaciones de la Reina de los cielos.

El molino que representa nuestro grabado fué la cuna de tan feliz criatura y en él vive todavía parte de su familia, á quien las tentaciones de la codicia no han podido arrancar de su honrada pobreza. En él murió precisamente el 8 de Diciembre de 1866 la madre de Bernardetta, la cual á su vez murió en la Casa matriz de las hermanas de la Caridad y de la Instrucción cristiana de Nevers el 16 de Abril de 1879.

El molino, pobre y desmantelado casucho, ha venido á ser un monumento precioso de la piedad en la privilegiada ciudad de Lourdes.

EL ESCAPULARIO DEL CARMEN

I



CONQUE ya sabes que pasado mañana sale nuestro regimiento para Africa? — dijo Pablo á su íntimo amigo León en la esquina de la calle de la Montera.

— Sí; me lo ha dicho mi padre, que está muy enterado del movimiento de tropas desde que se declaró la guerra á los marroquíes.

— Pues mi pobre madre no sabe todavía una palabra, y acaso se figure que nos quedaremos de guarnición en Madrid.

— Debías haber trabajado con tu padrino el coronel, que te quiere tanto, para que te destinaran al Ministerio de la Guerra. Al fin y al cabo eres hijo de viuda, y si te ocurriera un contratiempo, tu madre se vería muy mal.

— No me ha pasado semejante idea por la cabeza. Pero á allérez hace poco tiempo, como tú. De mi carrera depende mi fortuna, y el que no ha acreditado aún su valor en los campos de batalla, debe aprovechar la primera ocasión que se presen-

te, sobre todo cuando es una guerra nacional en que va á defenderse el honor de la bandera de la patria.

— Eso es verdad; pero dejar á tu madre en la miseria...

— Dios no abandona á los suyos, León — contestó Pablo, haciendo esfuerzos por ocultar el tembloroso acento de su voz conmovida. — Además, estoy seguro de que mi madre piensa como yo, y de que, en medio de su pena, abrigará la esperanza de estrecharme de nuevo entre sus brazos. Supongo que tú, aunque eres rico, no faltarás en la expedición.

— No — respondió León con cierta indiferencia; — creo que iré de ayudante del brigadier.

— Así se asciende más pronto; pero en fin, también tiene eso sus peligros y sus inconvenientes.

— Ya lo creo. ¿Conque vendrás á casa á despedirte de mi familia?

— En cuanto le dé la noticia á mi madre.

Pablo y León se separaron, yéndose cada uno á sus respectivos domicilios á hablar del asunto que á la sazón era objeto de las conversaciones y del entusiasmo de todos los españoles.

A Pablo le costó algún trabajo decirle á su madre que al cabo de dos días se quedaría sola mientras él iba con su regimiento á pelear contra el valor salvaje de los moros y contra las inclemencias de un país desconocido, inculto y azotado con frecuencia por todas las calamidades.

La madre sintió un vuelco en el corazón, y como durante su vida apenas había tenido más que amarguras, su espíritu pesimista aumentó el número de sus tristes presentimientos. Pero, mujer de fe y acostumbra á conformarse con la voluntad de Dios, se sobrepuso á la flaca naturaleza, y disimulando con la energía de su voz y de su mirada la profunda palidez de su semblante, le dijo á Pablo:

— El deber es ante todo. Yo sé que cumplirás como bueno y que el recuerdo de tu madre no se apartará de tu memoria. Mis oraciones te acompañarán á todas partes, y espero que Dios misericordioso te volverá á mi lado con vida y con honor.

Pablo, por toda contestación, estrechó fuertemente á su madre contra su pecho, y á pesar de que las lágrimas se le salían por los ojos á borbotones, tuvo la suerte de encontrar palabras que animaron y consolaron á la anciana. Según él, como la guerra durase mucho no volvería á España sino con los tres galones en la manga de su levita.

Media hora después entraba Pablo en casa de León, cuyo padre era un notario rico y acreditado, viudo con dos hijos: el militar compañero de colegio de Pablo, y una joven llamada Josefina, muy bella, muy lista, con unos ojos negros que despedían relámpagos, más bien temibles que agradables. Tenía además en su casa á una sobrina huérfana, cuyo dulce nombre de Carmen era exacta representación de su figura y de su carácter. De estatura menos que mediana, de cuerpo delgado aunque de correctas proporciones, de ojos garzos claros, de nariz recogida y de boca regular, no había nada en su fisonomía que llamase la atención más que el extraordinario ambiente de modestia que rodeaba todo su sér. Hablaba poco, pero sonreía cuando la hablaban, como agradeciendo que se dirigieran á ella.

Y la verdad es que, observándola bien, al tropezar con aquella sonrisa tan simpática y aquella mirada tan dulce, cualquiera que no fuese ninguno de los individuos de su familia podría calificarla entre las bellezas sin esplendor, pero que cautivan para siempre á las almas delicadas y buenas. Josefina, por el contrario, deslumbraba con su hermosura opulenta, y no había nadie que á primera vista no lanzara esta exclamación: ¡Qué mujer tan hermosa!

Ella se lo sabía demasiado, y estaba segura de que con un poco de benevolencia ó con un par de miradas coquetonas cualquier hombre que á ella le pareciera bien se arrojaría á sus pies solicitando la felicidad de llamarse su esposo. No sé á punto fijo si había dirigido las dos miradas susodichas á Pablo, pero positivamente le había dirigido ya una, porque ella estaba convencida de tenerle medio conquistado.

Cuando Pablo llegó á casa del notario le encontró rodeado de sus hijos y su sobrina, dando muestras bulliciosas de extraordinario regocijo, así como Josefina, que con las manos puestas sobre los hombros de su hermano le decía riéndose á carcajadas:

— Chico, la guerra se ha hecho para los pelagatos. El que tiene dinero y gusta de llevar uniforme debe conseguir la faja de general sin oír un tiro.

Don Sebastián (tal era el nombre del notario) aplaudió ruidosamente la salida de su hermosa heredera, y añadió por vía de comentario:

— Siempre he creído que el mayor de tus encantos, y no son pocos los que tienes, consistía en el

gran sentido práctico con que te ha dotado la Providencia, y ahora acabas de probarlo de una manera elocuentísima.

Pablo entraba en aquel instante, y sin tiempo para saludar siquiera se vió acometido por el padre y la hija, que á una voz le dijeron, palmoteando como unos chicuelos:

— ¿Viene usted á felicitar á León? Ya sabrá usted la noticia.

— ¿Qué noticia? — preguntó Pablo. — ¿Le han hecho ayudante del brigadier?

— ¡Ca, hombre! — repuso D. Sebastián. — Le he hecho (y acentuó la frase) oficial del Ministerio de la Guerra.

Pablo miró á León de cierta manera que hizo bajar los ojos á su compañero de armas, y encogiéndose de hombros dijo:

— Bueno, pues que sea para bien. Me había hablado de todo... menos de eso.

— Yo ignoraba — se apresuró á replicar León como disculpándose — que mi padre estuviese dando pasos en ese sentido.

— ¡Pues no — añadió Josefina — había de consentir que fueses á ver á aquellos moros tan feos, con el dinero que tienes!

— Yo creí — objetó Pablo — que cuando se trata de defender el honor de la patria, los que más dinero tienen están más obligados á dar ejemplo de patriotismo, y con doble razón si los ricos llevan una espada al costado.

Josefina hizo un gesto desdeñoso. Carmen, que no había desplegado sus labios, miró á Pablo con una dulzura y un interés tan grande que bastaron para compensarle de la pena que le causaba el egoísmo de aquellas gentes.

— Y usted, Pablo, — dijo D. Sebastián — ¿cómo siendo hijo de viuda no ha hecho usted que su padrino el coronel le destinase...?

Pablo no le dejó concluir.

— Mi destino es mi compañía y seguir la suerte de mis camaradas. Por consiguiente, vean ustedes qué tienen que mandarme, y Dios quiera que nos volvamos á ver.

Josefina, sin ser notada, desapareció de la habitación. León se acercó á su hermana y le dijo algo al oído. Ella entonces se dirigió á una cómoda, y sacando de un cajón un elegante estuche, dirigióse con él á Pablo diciéndole:

— Amigo Pablo, sírvase usted aceptar este neceser de campaña que yo pensaba regalar á mi hermano. Al menos será un recuerdo de lo que le estimamos á usted como si fuera de la familia.

Carmen entraba en aquel instante, mientras Pablo, verdaderamente agradecido, aceptaba el obsequio de Josefina con demostraciones de reconocimiento.

Carmen se acercó á él, y temblando de emoción, sacó un objeto que traía envuelto en un papel, y le dijo:

— También yo quiero darle á usted un recuerdo: este humilde escapulario de la Virgen del Carmen, que libra de muchos males y peligros.

— Gracias, Carmen; no se apartará un momento de mí — contestó Pablo más agradecido aún á aquel obsequio sin ningún valor material que al de Josefina.

— Por si acaso — dijo ésta con tono zumbón — no se olvide usted de que en el neceser hay todo un botiquín.

— Contra la muerte, amiga Josefina — repuso Pablo — suele ser la fe más eficaz que el árnica y las hilas.

Una mirada de Carmen fué el único asentimiento que recibió esta frase. Pero Pablo, por lo visto, no necesitaba más, porque se dió por satisfecho y salió de la casa.

II

Durante la campaña, hubo dos corazones que no dejaron un solo día de rezar horas enteras por Pablo: el de su madre y el de Carmen.

Tampoco dejaban de leer con avidez las noticias que publicaban los periódicos de las bajas que el ejército sufría, ya por acciones de guerra, ya por causa del cólera, que se cebaba con encarnizamiento en nuestros soldados.

Pablo escribía con alguna frecuencia á su madre y á León dándoles cuenta de todo; pero al fin ni la madre ni el amigo recibieron cartas de Africa, y entonces la pobre anciana y la pobre Carmen comenzaron á sufrir una agonía tan dolorosa y horrible como es la que produce siempre la incertidumbre.

Poco antes de terminarse la campaña, uno de nuestros buques de guerra desembarcó en Málaga un gran convoy de heridos, enfermos y convalecientes, oficiales en su mayor parte. El recibimiento que se les hizo por las autoridades y la población, sobre todo á los que traían señales inequívocas de

su valor, no pudo ser más lisonjero para las ilustres víctimas del amor patrio.

Aunque había hospitales convenientemente dispuestos para acogerlos, los vecinos se disputaron el honor de alojar y cuidar á su costa á los heridos y á algunos enfermos convalecientes.

Entre los últimos que desembarcaron figuraba un joven capitán, de aspecto macilento y de andar un poco penoso, aunque á la vista no se notaba que tuviera ninguna herida.

La comisión militar que había salido á recibirlos, compuesta de un comandante y varios oficiales de distintos cuerpos, era la encargada de clasificar á los desembarcados para destinarlos adonde correspondiera.

— ¿Enfermo ó herido? — preguntó el comandante al capitán.

— Herido — contestó. — Un balazo que me cruzó el pecho saliendo por la espalda.

El teniente que anotaba los nombres y las clasificaciones de los desembarcados levantó la cabeza al oír aquella voz, y sin poderse contener, se arrojó en los brazos del capitán exclamando:

— ¡Pablo!

— ¡León! ¡Tú aquí!

— Me han destinado á esta comisión; y por capricho de Josefina, que deseaba hacer un viaje á Andalucía, han venido todos conmigo.

— ¿Todos?

— Sí: mi padre y Carmen.

Y volviéndose rápidamente al comandante añadió: — Mi comandante: este compañero y amigo del alma viene á mi casa. ¿Me permite usted que le acompañe?

— Con mucho gusto — repuso el comandante. — Se hace usted grande honor con llevarse á un valiente.

— ¿Usted le conoce? — preguntó León.

— Está herido en el pecho, y además ostenta la cruz de San Fernando. ¿Qué otra ejecutoria necesita?

León observó entonces que su amigo estaba condecorado con aquella honrosa cruz, y que en la manga llevaba las insignias de capitán.

— Te felicito por todo — le dijo á Pablo. — Mi padre se va á alegrar muchísimo.

— Como supongo — contestó Pablo sonriendo — que mi madre se alegrará muchísimo más, te ruego que sin pérdida de momento le pongas un despacho anunciándole mi llegada.

— Vamos allá — replicó León.

Pusieron el parte, que León redactó detallando las prosperidades de Pablo, y fuéronse luego á casa, donde Pablo tuvo un recibimiento cariñosísimo por parte de todos, pero muy especialmente de Josefina, que, á mi parecer, le lanzó la segunda de sus miradas irresistibles para demostrarle que estaba entusiasmada con su heroico comportamiento. Carmen, como de costumbre, fué la última en felicitar á Pablo, y lo hizo con tanta sobriedad, que si no hubiera sido por el vivo carmín que iluminaba sus mejillas, Pablo mismo hubiera llegado á figurarse que á Carmen no le importaba un ardite de lo que á él se refería. Pablo conoció, sin embargo, que nadie después de su madre tenía por él tanto interés como aquella modesta joven, y contestó á su felicitación estrechándole la mano de un modo tan expresivo, que á Carmen se le agolpó toda la sangre al corazón, y aun creyó sentir una especie de desvanecimiento de felicidad.

Agobiaron á preguntas al recién llegado, y á todos respondió con sencillez y procurando quitar mérito á su heroísmo. Pero al llegar á la tremenda herida que recibió en el pecho por avanzar al frente de su compañía á apoderarse de un reducto que los marroquíes defendían con salvaje tenacidad, brilló en sus ojos el entusiasmo y en su acento la convicción más profunda.

— No quedaba más oficial que yo en la compañía, y mi muerte era segura. Llegué, sin embargo, al reducto y los moros huyeron; pero el último disparo de sus espingardas fué para mí. Al caer llevé mi mano al escapulario de la Virgen del Carmen y le pedí su amparo. Tengo la seguridad de que á este sagrado emblema le debo la vida, porque la bala, que iba derecha al corazón, según los médicos que me curaron, describió un círculo tan singular dentro del pecho, que pudo salir por la espalda sin interesar ninguna viscera importante. Quince días de cama han bastado para ponerme en disposición de volver á España, y con seis ú ocho de cuidado tendré de sobra para recobrar las fuerzas perdidas y marcharme á Madrid á abrazar á mi madre, cuyas oraciones no habrán dejado también de contribuir á mi salvación.

Este relato no hizo gran efecto en sus oyentes; sólo Carmen, con la cabeza baja, trataba de ocultar unas cuantas lágrimas que brillaban en sus pá-

pados, como hermosos diamantes de la corona de gratitud que destinaba á la Virgen Santísima, á cuya protección había encomendado la vida de Pablo.

Una semana pasó éste junto á sus buenos amigos, que, en honor de la verdad, le colmaron de atenciones y cuidados. Josefina se desvivía por complacerle, y cuando salían á paseo procuraba siempre ponerse á su lado para que al verla creyesen las gentes que ella era la señora de los pensamientos del heroico capitán.

Me consta que despilfarró más de diez docenas de sus miradas irresistibles, y que estaba pasmada de que Pablo no hubiese ya caído á sus pies pidiendo misericordia.

Por fin, llegó el pase que esperaba Pablo para marchar á Madrid, y aquel día pidió una breve audiencia á D. Sebastián anunciándole que tenía que hablarle de un asunto de importancia. Josefina, que olió el asunto, se puso más tierna y seductora que nunca. Carmen no se dejó ver en todo el día, pretextando un fuerte dolor de cabeza.

— Sr. D. Sebastián — dijo Pablo cuando estuvieron solos; — antes de ir á Madrid quiero llevar á mi madre la buena nueva de que pertenezco á la excelente familia de usted.

Don Sebastián sonrió con benevolencia, y arrellanándose en la butaca como quien tiene en su mano la suerte del prójimo, contestó:

— Algo había sospechado yo, y crea usted que, á pesar de ciertas desigualdades, no he visto con malos ojos la mutua inclinación de ustedes.

— ¡Desigualdades!

— De fortuna — se apresuró á decir D. Sebastián. — Ella tiene una dote bastante considerable; pero, en cambio, el porvenir de usted es brillantísimo, y no sería difícil verle á usted con la faja de general.

— Yo siempre creí que la dote de Carmen no pasaría de cuatro ó cinco mil duros...

— ¡Cómo! — saltó vivamente D. Sebastián. — ¿Es Carmen la favorecida?

— Sí, señor; Carmen — repuso Pablo con cierta sequedad.

— Pues, en efecto; dice usted bien: su dote no pasa de cinco mil duros, que pondré á la disposición de usted en cuanto se firmen los contratos.

León y Josefina se quedaron como quien ve visiones al tener noticia de la petición de Pablo. Carmen, poniéndose muy colorada, dió sin vacilar una respuesta afirmativa á la pregunta que le hizo su tío sobre si le parecía bien la solicitud del capitán, lo cual le valió unas cuantas pullas de su prima, que no podía perdonarle su victoria.

— ¡Hipocritilla! ¿Por qué no me has dicho que estabas enamorada de ese cursi? Pero, aguarda, que, según cuentan, te vas á echar una suegra beata, de lo mejor que se conoce en el género.

— Con un marido como Pablo — contestó Carmen resueltamente — cualquiera suegra me parecerá bien.

Josefina se mordió los labios y no volvió á decirle una palabra más.

A poco tiempo se verificaba la boda en Madrid, á la cual no pudo asistir Josefina por hallarse indisputada. La madre de Pablo no cesaba de dar gracias á Dios por la excelente elección que había tenido su hijo, y cuando, terminada la ceremonia, Carmen, Pablo y su madre se confundieron en un abrazo de tierno parabién, el joven capitán le dijo á su mujer:

— A tu escapulario del Carmen le debí antes la vida; ahora le debo la felicidad. ¡El será nuestro escudo hasta la muerte!

VALENTÍN GÓMEZ.

LA BATALLA DE LAS NAVAS



A tregua entre los cristianos de España y el rey de Marruecos acababa de espirar á tiempo que los reyes de Castilla y Aragón llevaban por todas partes sus victoriosos pendones, reconquistando la herencia de sus padres.

Irritado el miramamolín Mahomed Enacer por las pérdidas que el islamismo sufría diariamente en España, determina vengar á todo trance las injurias de su secta y los insultos hechos al Corán, y reuniendo un ejército poderoso de africanos desembarca en las playas de Andalucía; los régulos de España vienen á juntar sus huestes con las tropas extranjeras, y Mahomed se pone al frente de un ejército de más de medio millón de combatientes.

Agobiada la Iberia con su peso, lanzó en torno de sí una mirada dolorosa y temió ver renovados los infustos días del Guadalete y Alarcos, y gimió

por la libertad de sus hijos, amenazados de horrenda esclavitud. Entonces lanzó un grito guerrero que resonó en las montañas de Oca y en las hondas cavernas del Pirene; y á su voz sus hijos se presentaron armados, y depusieron ante ella las mutuas rencillas que los traían discordes.

— «Valientes almohades, hijos del Profeta, id á retar á todos los príncipes cristianos con carteles y pregones, y decidles que Mahomed les espera en España; decid también al mufti de Roma que Mahomed ha jurado colocar su enseña sobre la cúpula de San Pedro, y que el pórtico servirá de establo á sus caballos.» — Dice, y parten sus emisarios hacia todos los ángulos de Europa.

Roma, aterrada, responde con un grito de horror. Débil cual la viuda cuyos hijos han bajado á la región de las sombras, no puede oponer resistencia á la fuerza, y en su dolor levanta las manos al cielo, de donde espera su socorro.

El Santo Padre sale descalzo por las calles de la ciudad santa; todo el pueblo se precipita tras él en fervorosa rogativa, y hasta las vírgenes del Señor, abandonando sus silenciosos retiros, siguen destocadas y llorosas al Pastor de la grey de Cristo, que camina silencioso hasta la basílica de Letrán.

El arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, dirige la palabra al pueblo cristiano; Italia, Francia y Alemania, escuchan su voz y le entregan sus hijos para que coloque sobre sus pechos la cruz bermeja. Semejante en el celo al ermitaño Pedro, pero más prudente que él, se pone al frente de 40.000 infantes, con 12.000 caballos, y los conduce á la vega de Toledo.

El ejército cristiano avanza, y Mahomed, desde lo alto de Sierra Morena, ve caer en manos de los extranjeros sus castillos de Malagón y Calatrava, y espera impasible que el tiempo y el clima obren sus efectos. Sus cálculos no salen errados; el ejército cristiano, compuesto de tan heterogéneos elementos, se disuelve por sí mismo á la manera que se desploma un pesado murallón que la mano del artífice inexperto elevó sobre un débil cimiento.

¡Cuán bien pudiéramos aplicar á nuestra triste patria lo que decía el Profeta de Israel cuando reprobaba su alianza con los egipcios! ¡Ay de ti, España, que fías en el extranjero! Te apoyas sobre una caña cascada que se romperá y sus pedazos lastimarán tu mano.

¿Dónde están los extranjeros de la cruz bermeja? ¿Dónde los que poco antes desafiaban todo el Imperio musulmán? ¿Se han marchado por falta de víveres?

No; el rey de Castilla tenía preparados 60.000 carros para la conducción de vituallas.

¿Se han marchado porque hayan sido mal recibidos de los españoles? Tampoco; en todas partes han sido agasajados y acogidos con la más cordial hospitalidad.

¿Pues qué ha podido motivar su deserción á pesar de las exhortaciones de sus jefes y de los obispos de Narbona y Nantes?

¡Ah! Los que venían á pelear con medio millón de infieles no han querido soportar el clima de España.

No teniendo que culpar á la nación, culparon á su hermoso cielo.

España ha quedado abandonada á sus propias fuerzas, pero ella, aunque sola, sabrá vencer.

Pedro II de Aragón conduce 30.000 infantes y 10.000 caballos; allí marcha la flor de Aragón y Cataluña en pos de los pendones de Folh y Urgel, de Aybar, Romeu y Ferrench de Luna; de Ferrench de Luna, cuyos donceles habían de ser los primeros en tremolar sobre los muros de Úbeda el estandarte de la fe y las sangrientas barras.

El nuevo rey de Portugal, embarazado en los asuntos de su reino, siente el no poder acudir en persona, mas envía la nobleza de su reino, formando un escuadrón pequeño, pero lucido.

Castilla no cuenta sus soldados, pero pone en campaña cuantos pueden empuñar lanza y embrazar adarga.

Sólo el de León recuerda antiguas querellas, y pide castillos si ha de dar soldados, mientras que Sancho de Navarra, que poco tiempo antes, al regresar de Africa, apenas había encontrado terreno de su reino donde fijar su planta, arma sus valerosos montañeses y se presenta resignado al frente de un ejército numeroso y aguerrido.

Mahomed, cual ave agorera, espera su presa desde lo alto de las rocas de Sierra Morena. Ve huir los extranjeros y avanzar los españoles; también él avanza seguro de la victoria. Ya no prepara los medios de ataque, pues sus disposiciones se reducen á cortar la retirada, y en breve el ejército cristiano se ve rodeado por los hijos de Ismael, que le cercan entre los montes como con una red.

El consejo propone la retirada, pero el rey de



EL ARROYO. — (Cuadro del pintor Maurand.)

Castilla manda avanzar, y poniéndose al frente del ejército con heroico denuedo:

— « Esto — dice — es lo que toca á nós, y Dios hará su voluntad. »

El cielo ha premiado la confianza de Don Alfonso. Un pastor milagroso ha conducido el ejército al través de los precipicios, y guiados por él, los cristianos han ganado la cima de las montañas.

¿Dónde está el pastor milagroso? ¿Adónde ha ido el salvador del ejército cristiano! ¿Es un ángel ó es San Isidro Labrador?

Mahomed sale de su magnífico pabellón de seda

carmesí, y al ver en el campo inmediato ondear pendones desconocidos, brama de cólera por tener tan próximos aquellos enemigos que pensaba destruir en la hondonada. Pero, si bien ha perdido la ventaja del sitio, aun le resta la superioridad del número.

Ordena sus haces y sale á desafiar á los cristianos; éstos permanecen quietos en sus tiendas sin hacer caso de los corredores enemigos, que llegan á insultarles hasta sus mismas barreras. Los escuadrones del miramamolín han esperado hasta ponerse el sol, pero los cristianos han esquivado la pelea.

— « Aliatar — dice Mahomed á uno de sus oficiales — monta al punto á caballo y ve á decir á los alcaides de Baeza y Jaén que los cristianos están perdidos; que sus reyes serán bien pronto mis esclavos, y que ni uno de sus soldados escapará de la red que les he tendido. Diles todo lo que has visto y haz que estas nuevas resuenen á la otra parte del mar.

Alfonso, por el contrario, recorre su campamento, y ordena que el ejército descansa también al día siguiente.

— « Mañana — dice — es domingo, y debemos

MUNICIPAL



PORTADA DEL CRUCERO RECIENTEMENTE RESTAURADA EN LA CATEDRAL DE LEÓN. — (De fotografía).

invocar el nombre del Señor; el lunes, 16 de Julio, medireis vuestras lanzas con las de los agarenos, y conseguireis la victoria que Dios vos tiene depurada."

Vuelve Mahomed á sacar sus tropas, y al ver á los cristianos quietos dentro de sus vallados, quisiera atacarlos dentro de ellos.

— «La desesperación es terrible — le dicen los ancianos. — Dejad á esos canes que se rindan ó se mueran de hambre, pues el gran Alá los ha entregado en vuestras manos.»

Algunos árabes se acercan galopando hacia los cristianos y arrojan sus manoplas dentro del campamento. En aquella época, los paladines, cuando no lograban un campo de batalla, buscaban un palenque para el torneo.

Alfonso se vió en la precisión de permitir á sus caballeros que saliesen á lidiar con sus retadores. Ambos ejércitos eran espectadores de aquellas escaramuzas y combates parciales; al día siguiente los espectadores habían de ser actores en otro drama aun más sangriento.

La noche tiende su tupido velo sobre ambos ejércitos.

Mahomed, embriagado de placer y gloria, se felicita á sí mismo por su futura prosperidad. Recostado en muelles almohadones, recapacita las sentenciosas palabras que ha de proferir cuando se le presenten los cristianos pidiendo capitulación, y ofreciendo rendirle parias y tributos. ¿Qué destino dará á los tres reyes que al día siguiente estarán en su poder muertos ó prisioneros? Ni aun remotamente se le ocurre la idea de que sus escuadrones puedan ser muertos ó destrozados.

De la misma manera toda la morisma saborea de antemano la victoria, que cree segura, y calcula los despojos que le cabrán en suerte.

Por el contrario, en el campamento cristiano todo es silencio, todo precaución; en vez del sonido de los pífanos y lífies del campo vecino, apenas se oye más ruido que el del escudero que limpia y acicala su armadura, ó la ruda cántiga de los almogavares que dirigen su plegaria á la patrona de Aragón.

Los señores conferencian dentro de sus tiendas y los pecheros se reúnen en grupo á la claridad de la luna. Entretanto los reyes, acompañados de sus mejores caballeros, recorren el campamento dando disposiciones y exhortando á los soldados. Estos escuchan sus palabras con avidez y las repiten con entusiasmo; en todos los reales se repite sin cesar: mil veces muertos antes que vencidos.

A las dos de la madrugada el ejército cristiano despierta al sonido de los parches y clarines: ármense todos presurosos y corren á ocupar sus puestos.

Según la táctica de aquel tiempo, el ejército estaba dividido en tres cuerpos: á la derecha los navarros, los aragoneses á la izquierda y en el centro los castellanos; á vanguardia los caballeros de las Ordenes militares y parte de la gente de las villas de Castilla, al mando de Don Diego López de Haro; el resto, con los 500 extranjeros que habían quedado y los portugueses, estaban colocados entre el centro y los flancos.

El sol los halló ya en orden de batalla, y sus primeros destellos se reflejaron sobre un lago de picas y cseletes. Entretanto varios prestes, colocados en parajes eminentes, celebraban el Santo Sacrificio, y los soldados cristianos lo oían con toda reverencia, quizá por última vez.

Un sacrificio incruento sobre aquel mismo suelo que dentro de poco tiempo había de ser regado con la sangre de 200.000 infieles. Mahomed no se hace esperar; despliega á vista de los cristianos su ejército de 300.000 infantes y 185.000 caballos, divididos en cuatro líneas, y pone por delante 85.000 caballeros sarracenos descendientes de los antiguos nómadas y montados como ellos en fogosos corceles. Ha mandado construir para su seguridad un «corral» ó vallado cercado de cadenas de hierro, tras de las cuales se hallan formados 50.000 negros, cuyos atezados rostros contrastan con el brillo de sus lucientes petos. A retaguardia, 30.000 caballos escogidos sirven de custodia y forman la reserva. No bien se han arreglado las haces, el miramamolín sube sobre un cadalso ó tablado que se había construido en el centro del vallado, y se presenta vestido con la túnica negra de Abdel Mumen, padre de los almohades; esta túnica de su predecesor, es una prenda más de la victoria.

Varios santones venerables rodean á Mahomed, y le ofrecen la protección del gran Profeta. A su derecha uno de ellos tiene abierto el Corán: á la izquierda otro de los confidentes de Mahomed empuña su alfanje desenvainado.

— Señor — le dicen los santones — tenéis en vuestro favor la fuerza y la doctrina.

No bien se ha dado la señal de acometer, cuando

los musulmanes se arroja contra los cristianos con la celeridad que el halcón se arroja sobre su presa. Pero el señor de Vizcaya y Don García Romeu les salen al encuentro con sus respectivas tropas, y les ahorran la mitad del camino. ¿Quién será capaz de pintar aquel primer encuentro, el choque de cien mil espadas, los alaridos de los combatientes y la nube de flechas á cuya sombra pudieran pelear, según la valerosa expresión del caudillo de los trescientos espartanos?

¿Quién podrá referir las acciones valerosas y los gloriosos hechos de armas de aquel día por siempre memorable, en que se decidía la posesión de España, y en que unos trataban de sostener su conquista y otros de recobrar la tierra de sus padres?

Pero en vano intentan los musulmanes contrarrestar el pujante esfuerzo de los cristianos; las primeras líneas están desordenadas, y desbaratan en su fuga á las que vienen en su apoyo. Los pendones de España avanzan por todas partes, y la consternación se apodera de los hijos del Profeta.

Mahomed patea de cólera, y golpea su frente con furor: en su frenesí la blasfemia horrible se escapa de sus labios: empuña su alfanje, y bajando del tablado cabalga sobre un caballo de hermosos colores, hace sonar gran número de trompetas y atabales, y arrojándose en medio de los fugitivos, los exhorta á que sean buenos y no le dejen en poder de los cristianos.

Entonces los musulmanes contienen sus fugitivos corceles, y avergonzados de su cobardía, apelan de nuevo á su valor, y dan tornada sobre los cristianos.

Mirando estaba el buen rey Don Alfonso desde lo alto de una colina cuál avanzaban sus tropas, llevando en retirada aquella confusa morisma, cuando de repente vió tornar á la pelea los fugitivos, y que sus gentes principiaban á cejar; no pudo sufrir el pecho valeroso del Monarca la idea de una derrota que iba á dejar perdida á toda España, y trató de meter espuela á su caballo para entrar en lo más bravo de la refriega. Entonces se pusieron por delante los Prelados y fidalgos que le acompañaban, y le representaron la temeridad de aquella acción, exhortándole á que conservase aquella vida tan preciosa, cuya pérdida sería tan sensible como una derrota.

Poco después viendo que los moros volvían á batirse con furor, exclamó dirigiéndose al arzobispo Don Rodrigo, que no se apartaba de su lado:

— «Arzobispo, yo y vos muramos aquí.»

— «Non, Señor; non morir, porque vencer habéis.»

— «Pues avancemos para acorrer á los primeros, que se hallan en grande cuita:» — y viendo que no le dejaban, exclamó otra vez:

— «Muramos aquí, Arzobispo, que ésta es muerte honrada.»

— «Dar vos ha la victoria nuestro Dios, — dijo Don Rodrigo — y si dispusiere otra cosa, todos los que estamos aquí moriremos con vos:» — y diciendo esto se le puso por delante suplicándole mirase por sí.

Volviendo la vista Don Alfonso hacia sus tropas, vió que los aragoneses y navarros llevaban lo mejor de la pelea, al paso que su primera línea había sido desbaratada por haber cargado sobre ella toda la reserva del miramamolín: varios soldados habían vuelto las espaldas, y arrastraban consigo sus jefes y banderas. Entonces el Rey, encarándose con el Arzobispo y enseñándole uno de los pendones que volvíase hacia atrás, le dijo:

— «¿No veis cuál torna la seña de Don Diego?»

Estaba cerca del Rey un vecino de Medina, llamado Andrés Boca, y reparando la equivocación del Rey, le dijo:

— «Señor, cierto non es aquella la seña de Don Diego de Haro: parad mientes á la delantera, y veréis ir vuestra seña, y á par de ella la de Don Diego, y otrosí la seña del conde Don Alvaro de Lara.»

— «¿Pues cuya es aquella seña del lobo prieto que torna?»

— «Señor, porque el osso de Madrid es prieto en campo blanco, ciudades que es la seña de Don Diego por los lobos prietos que tiene en campo blanco. Cierito los que fuyen nós los villanos somos, ca los fidalgos non.»

Entonces el Rey, sin hablar palabra arrancó una pica de manos de un escudero y metiendo espuelas al caballo se dirigió á los fugitivos gritando:

— «¡Oh vasallos y amigos! ¿Qué es esto? Tornad á la batalla, que este es el buen día de gran victoria que Dios vos quiere dar;» — y viendo que algunos seguían huyendo, con su lanza (dice la crónica) fizolos tornar mal de su grado.

En vano se esfuerza Mahomed, en vano increpa á sus caballeros y se mete por lo más bravo de la pelea, en vano intenta luchar contra su fatal estre-

lla; el terror se apodera de los orgullosos musulmanes. ¿De qué sirve que él sostenga el centro si los flancos están ya deshechos, y buscan su salvación en la fuga? Al paso que la consternación se apodera de sus soldados, los cristianos, embravecidos con el ejemplo de su rey y hasta de los preladados, redoblan sus golpes y se abren paso por medio de las líneas ya deshechas.

El peligro es cada vez más inminente: ya oye cerca de sí los gritos de ¡victoria! y el formidable ¡Santiago y á ellos!

Los aragoneses van á lo lejos persiguiendo á los fugitivos, mientras el rey de Navarra acosa á los atezados africanos y se prepara á romper la barrera de cadenas. Sus más fieles vasallos, la flor de su ejército han sucumbido y yacen exánimes en derredor suyo. Abatido con el peso de tan inesperada adversidad, arroja de sí la túnica de Abdel Mumen, abandona su hermoso corcel traspasado de varias flechas, y fia su salvación en la velocidad de un mulo.

El rey de Navarra, después de haber arrollado todo el costado izquierdo del enemigo, vino á caer sobre el campamento, y se apoderó de la tienda de Mahomed, habiendo roto la cadena que la cercaba y dejando muertos ó cautivos los 50.000 negros que la defendían. En memoria de tan gloriosa hazaña añadió unas cadenas por orla de su escudo.

Entretanto, el rey de Castilla hacía perder terreno á los moros del centro, los cuales se retiraban hacia su campamento, defendiéndose con obstinación; pero cuando lo vieron perdido y frustradas sus esperanzas de socorro, decayeron de ánimo y principiaron á huir precipitadamente hacia la derecha.

Por desgracia suya, el rey de Aragón se había adelantado persiguiendo á los fugitivos del costado derecho, y al huir aquellos infelices de la cuchilla de los castellanos, vinieron á caer en las picas de los aragoneses, que hicieron una carnicería espantosa.

Era ya muy entrada la noche cuando el rey de Aragón seguía aún á los fugitivos. Al verle entrar el rey de Castilla en la tienda del miramamolín, donde le esperaba, observó que traía un golpe de lanza que le había hecho saltar la armazón de la loriga; y abrazándole, exclamó en tono festivo:

— «Cormano, Señor, saber había quien vos este golpe dió de non criar rey.»

Horrible fué la carnicería que sufrieron los moros en aquel día aciago para ellos, pues murieron 200.000 infantes y 30.000 caballos, sin que los cristianos perdiesen más que 25 hombres.

Asaz impacientes se hallaban los vecinos de Baeza esperando por momentos la noticia de la derrota de los cristianos. Dos emisarios del miramamolín que habían llegado después de Aliatar, les habían avisado que por segunda vez habían rehusado la batalla, y que todas las señales pronosticaban una completa victoria. Un vigía avisó que descubría cinco caballeros que se dirigían á la ciudad, y al punto se reunió casi toda la población á la puerta de ella.

— «Alá os guarde — dijo el alcaide — ¿qué felices nuevas nos dais de nuestro miramamolín?»

— «¿Tanto desfigura la adversidad, que le habeis desconocido en mi persona?»

Entonces los musulmanes se postraron en su presencia y tocaron al suelo con sus frentes en señal de respeto.

— «Nuestros pecados — continuó Mahomed — han excitado la indignación del Profeta. Alá no ha querido socorrer á sus hijos en el día de la adversidad, y ha puesto la victoria en manos de los infieles.»

— «Cúmplase la voluntad de Alá — exclamaron los vecinos de Baeza, y rasgaron sus vestiduras, y echaron polvo sobre sus cabezas en señal de dolor.

— «¿Y qué deberán hacer vuestros fieles vasallos — preguntó el alcaide — en tan dudoso trance?»

— «Amigos — dijo el miramamolín — no estoy para dar consejo ni á vosotros ni á mí. Dios os favorezca. — Y montando en un caballo que le habían traído, corrió á rienda suelta hacia Jaén, donde llegó aquella misma noche para ser portador de tan infausta nueva.

El que por la mañana había tenido 50.000 infantes y 30.000 caballeros para su custodia, llegó por la noche á Jaén sin tener un escudero que le ayudase á descabalar.

Al día siguiente se hizo el reparto del despojo que se había cogido en aquella jornada. Había dentro del campamento de Mahomad una inmensa cantidad de oro, plata, aljófar, piedras preciosas, estofas de oro y seda, caballos y armas de gran valor.

El rey Don Alfonso se negó á repartir la presa por sí mismo, y comisionó para ello á Don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, que se había cubierto de gloria mandando la vanguardia. Conociendo Don Diego el genio liberal y generoso de Don Alfonso, hizo la partición en estos términos:

— « Señor, todo lo que vos y nós los fijosdalgos habremos de esta batalla, conviene saber lo que está en el corral que Miramamolín había cercado de cadenas, sea todo de los reyes de Aragón y Navarra; y á vos, Señor, doy la honrra de la batalla, que á vos es debida, y todo el haber y despojo de fuera del corral, todos los que ovieron lo hayan cada uno como lo alcanzó. »

Don Alfonso y los demás reyes se dieron por satisfechos con este reparto, y Don Diego alcanzó fama de discreto y buen servidor de su rey.

Dieron además al de Aragón la tienda de seda del Miramamolín, que era toda de seda carmesí y de un valor excesivo, tanto por sus adornos como por su grandeza y hermosura, juntamente con el pendón imperial y la lanza de Mahomed.

Luégo que el rey Don Pedro recibió estos despojos, llamó á uno de sus caballeros y le dijo:

— « Tomad este pendón y llevadlo á Roma á nuestro Santo Padre Inocencio III; decidle de nuestra parte que se coloque en la basilica de San Pedro, para que se cumplan en parte las amenazas de aquel perro infiel. »

V. DE LA F.

EL ARBOL SECO

BALADA

Ciñen el valle
Verdes montañas.
¡Qué ricos prados!
¡Qué puras aguas!
Densas neblinas
Males presagian;
Pero respetan
Esta comarca.

Y benéficos aires las impelen
Más allá de la Peña de Cabarga.

Limpia de aspecto
Vese en la falda
De una colina
Pobre morada.
Dios la bendice:
Nunca las ansias
De honda miseria
Turban su calma,

Y generosas nubes enriquecen
El huerto estrecho, las sedientas parras.

Junto á la lumbre

Yace sentada,
Triste y doliente,
Linda zagala.
Reza su madre,
Reza en voz baja;
Y ella, entre angustias
Mal sofocadas,

Rinde al honrado esposo el casto fruto
Á que prestó alimento en sus entrañas.

Pálido el rostro,
Lirio entre zarzas,
Sale á los campos,
Troncha una rama,
Clávala en tierra
Junto á su casa,
Dulce suspiro
Lánguida exhala,

Y á que brinde con sombra la conjura
Á su albergue y al hijo que idolatra.

¡Cómo los años
Rápidos pasan!
Hombre es el niño;
Tiende sus ramas
Arbol la un tiempo
Rústica vara;
Sola murmura
Tiernas plegarias

La hermosa madre, y el garzón brioso
Parte á buscar riqueza en otras playas.

¡Ay si á las olas,
Joven, te lanzas!
Pisa el mancebo
Costas lejanas;
Piensa en su madre;
Lucha y trabaja...
¡Vanos esfuerzos!
¡Loca esperanza...!

Al fin sin padre, sin salud, rendido,
Torna al hogar de su apacible infancia.

Ya del otoño
Soplan las auras;
Visten los picos
Nieves tempranas;
Yace del árbol
Mustia la gala;

Triste la madre
Que lo regaba
Con lágrimas lo riega: el hijo amado
De lentas fiebres al rigor se apaga.

¡Cuán larga noche!

¡Qué dura escarcha!

Mas del enfermo

Crece las ansias;

Sangre á torrentes

Misero lanza;

Grita espirante:

« ¡Madre adorada! »

Y la madre infeliz, cayendo en tierra,

Clama en hondo clamor: « ¡Hijo del alma! »

Súbito el árbol

Blande las ramas;

Vuelan sus hojas;

Sangre las mancha.

Rueda en el prado,

Cárdena y lacia,

La última, ha poco

Verde y lozana,

Y el tronco gime cual si ardiente rayo

Calcinado le hubiese las entrañas.

Pasa el invierno:

Llena de galas

Flora los prados

Cándida esmalta.

Trinan las aves;

Bullen las aguas;

De hojas se cubren

Todas las ramas... »

Sólo el árbol fatídico desnudo

Yace, velando por la humilde casa.

« ¡Míralo, madre

Desventurada...!

¡Cómo á los cielos

Aun se levanta,

Tronco sin jugo,

Seco fantasma!

¡Cuál le dirige

Mudas plegarias...! »

¡Ay! También su cadáver gigantesco

Vendrá por tierra al espirar la anciana.

MANUEL CAÑETE.

AMOR FILIAL

LEYENDA.

I



BA declinando la apacible tarde de un largo y radiante día de Junio. El parque de Villalba no había estado nunca más hermoso que en aquella hora, en que los últimos rayos del sol doraban las cimas de los árboles y la luna en su creciente subía como una barquilla de plata por un cielo de purísimo azul. Comenzaba la sombra en los bosques; pero algunos rayos alumbraban todavía el césped y el parterre, y con su dulce claridad dejaban ver la hermosura de las flores que se alimentaban con la sombra y el rocío. No se oía más que el ruido de las hojas agitadas por un viento suave, y el armonioso eco de un riachuelo que saltaba jugueteando sobre las rocas. Era este un precioso instante de tranquilidad y de recogimiento interior. Pero ¿quién no sabe que la calma de la naturaleza se halla muy á menudo en oposición con las borrascas del corazón humano, que el sol ve correr las lágrimas, que las estrellas presencian los insomnios, y que la suntuosidad de los parques y de los castillos no basta para hacer felices á sus efímeros poseedores?

Esta verdad, tan común como un adagio, parecía aplicable á los moradores de Villalba. No eran éstos sino dos, padre é hija; el uno se hallaba todavía en el vigor de sus años, y la otra tenía todos los títulos que dan la juventud y la hermosura. El viajero que agobiado de cansancio hubiese pasado por delante de la verja del castillo, al dar una ojeada á los sombríos bosques, al césped con sus canastillos de rosas y rodeado de vincapervincas, á las altas ventanas del comedor abiertas, y dejando ver en sus puntos luminosos una mesa puesta, unos blanquísimos manteles, el esplendor de la vajilla de plata, y dos personas sentadas tranquilamente, acaso hubiera dicho: « ¡Cuán felices son esas personas! ¡Quién estuviera en su lugar! »

Mas si se hubiese acercado habría visto que tanto el padre como la hija estaban de luto y que llevaban el pesar retratado aún más en el semblante que en los vestidos. La esposa y madre había muerto, y una profunda tristeza se notaba en la frente del marido, quien con sus miradas y con su corazón parecía que

buscaba la ausente compañera, la mirada que respondía á la suya, el alma donde sus palabras hallaban pronta acogida.

La joven Isabel se hallaba también preocupada, y en su animada y risueña fisonomía se traslucía cierta tristeza, no obstante que el luto de sus vestidos no era riguroso, pues se hallaba en edad en que se mira más el porvenir que el pasado. Servía con suma atención al padre, pero sin hablarle nada, y éste con un ademán admitía ó rehusaba, sin levantar siquiera los ojos ni abrir la boca. Parecía que sobre ambos pesaba una grave opresión, como un quintal de plomo. Acabada la comida y habiéndose salido el criado, se levantó el señor de Mora, y con las manos echadas á la espalda estuvo dando vueltas por el cuarto con paso lento y monótono, mientras Isabel leía distraídamente un número de un idiario que acababan de traer; pero á decir verdad, su mente se hallaba mil leguas distante de lo que sus ojos estaban leyendo. ¿Hacia dónde se encaminaba con tanta velocidad? Pero ¿quién es capaz de explicar el rápido curso de nuestras ideas y los extraños anillos con que unas se encadenan á otras? Quizá su imaginación volaba desde los tiernos sauces que daban sombra al sepulcro de su madre hasta los antiguos árboles del jardín, donde últimamente había tenido algunos momentos dichosos, los primeros después que la muerte entró en la casa paterna; quizá, como en un sueño, al lado de la entristecida y severa imagen que en la oscuridad pasaba por delante de ella, veía algún otro semblante, alguna cabeza erguida y marcial, cuya mirada se llenaba de dulzura cuando se dirigía hacia ella..., quizá volviendo á sus anteriores años, recordaba alguna escena de su infancia, que hubiese tenido lugar en el césped ó en el comedor. ¿Quién sabe? No puedo decir más sino que estaba pensativa.

Dejó de pasearse el señor de Mora, se sentó, hojeó el periódico y lo soltó, cogiendo maquinalmente el estuche de marfil que Isabel había puesto sobre la mesa, al cual estuvo dando vueltas en la mano; pero fijando la vista, descubrió en este objeto el nombre de Julia, que era el de su esposa, formado con letras de oro, y acordándose de que en otro tiempo lo había adquirido él mismo para que formase parte del ajuar de boda, una lágrima se deslizó por sus párpados. Dominó esta sensación, que la hija no había advertido, y con aparente tranquilidad le dijo:

— He reflexionado, Isabel, acerca de lo que ayer estuvimos hablando, y puesto que lo deseas, se verificará tu casamiento. Mañana escribiré á mi hermana, rogándole que se venga con el coronel: arreglaremos el contrato, y dentro de seis semanas estarás casada, hija mía.

Isabel se sonrojó y bajó la cabeza, contestando al fin con voz tímida y vacilante:

— Le doy á usted gracias, padre, porque es usted demasiado bondadoso... pero ¡Dios mío! yo veo que usted consiente aunque no aprueba.

— No te he ocultado mi parecer, Isabel, ni mi egoísmo de padre. Ciertamente es que hallándome enteramente solo después del fallecimiento de tu desdichada madre, había yo procurado y aun pensado en otra cosa. Porque, hija mía, no tenía yo la pretensión de condenarte al celibato; pero me parecía que te hubieras podido casar sin apartarte de mí y sin tener quizá que poner doscientas leguas de distancia entre ambos. Indudablemente vivía yo equivocado, porque tú cifras tu dicha en otra parte. Al coronel lo conozco sólo de nombre, por su posición y por lo bien que de él me habla mi hermana; y espero que te hará dichosa, según tú también lo crees.

— Papá, ¿es que no está usted seguro de ello?

— Isabel, ese hombre es para mí una persona extraña, á quien no conozco ni conoceré, porque se irá contigo al día siguiente de casarse.

Isabel dió un suspiro, y algo turbada dijo:

— ¿Y no podría usted, papá, venirse con nosotros?

— No, hija mía, nunca dejaré esta casa, donde he vivido con tu madre..., pero por mí no tengas cuidado.

Levantóse al decir estas palabras, cogió una luz, é inclinándose junto á la hija, le dió un beso en la mejilla diciéndole:

— Buenas noches, hija, mañana escribiré.

Y salió de la habitación.

Por un momento permaneció inmóvil Isabel; pero á poco se retiró también á su cuarto, porque necesitaba estar sola. Al pasar muy de quedo por delante de la habitación de su padre, le oyó dar vueltas con cierto paso triste y regular que ella conocía muy bien, porque invertía parte de las noches en pasearse de aquel modo: le pareció que le había oído dar un profundo suspiro, y turbada y conmovida se encerró en su cuarto.

II

Ya estaban satisfechos los deseos de Isabel. Hacía cinco meses que en casa de su tía se encontró con un hombre de cualidades y defectos propios para exaltar una imaginación viva y un corazón amable. Joven todavía, resuelto y distinguido, inteligente y esforzado, el coronel de quien ha poco hemos oído hablar á su padre, se había señalado entre muchos militares de valor en las campañas de Africa y del Norte: su rostro estaba lleno de nobles cicatrices y cubierto su pecho con una constelación de cruces y medallas; tenía á la vista un porvenir rápido y magnífico, á no ser que una bala cortara su carrera, y tanto los peligros por que había pasado, como los que tenía que arrostrar, lo rodeaban con cierta aureola á la vez brillante y melancólica. Apasionóse mucho de Isabel y no ocultó á la tía los sentimientos que le inspiraba. Exaltada la tía, á pesar de sus cuarenta años, y muy accesible á ideas románticas, protegió la novela que había empezado en su casa, encendiendo en la imaginación de la sobrina esa incesante preocupación, esa idea fija que comúnmente se forma acerca del amor. Quizá también iba mezclado en esto algo de ambición, porque el coronel hubiera podido grabar en su blasón militar el mote de Fouquet: *¿Adónde no subiré?* y animado con el elocuente silencio de la joven y con la amistad algo exagerada de la tía, presentó su petición al señor de Mora, estando ya para ser complacido, por dominar la voluntad de la hija á la del padre.

Hallábase Isabel con la imaginación muy exaltada, sintiéndose en aquel instante mucho más alterada que alegre. Hubiera querido hablar, andar, correr, distraer, en fin, con algún ímpetu físico el desorden de su alma, y sin saber qué hacer, pero con cierto horror á la calma y al silencio, se puso en su mesa y con agitada mano escribió la siguiente carta:

Querida tía: Mi padre ha consentido: mañana va á escribirle á usted rogándole que venga á hacernos una visita, acompañada del coronel. Confío en que así lo hará usted y no me dejará sola en momentos en que me es muy necesaria, pues tengo milares de cosas que decirle. Aun no hace una hora creí que mi papá no consentiría, según el modo como me habló de este casamiento, que me arrancaría de mi patria y de mi familia para entregarme á un extraño, que es como llama al coronel. Yo estaba triste, le alegué algunos motivos, y sin atreverme á descubrirle todo mi corazón (pues usted sabe, tía, que papá es muy grave y que me impone respeto), le confesé que esperaba ser feliz al lado de Ernesto.

Entonces ya es otra cosa, me contestó; he creído que pensabas como yo y que la idea de separarnos no había entrado en tu mente. Lo pensaré.

Lo ha pensado y consiente. ¡Pobre papá! Mucha pena va á causarme el dejarle solo en este gran castillo, donde ya no puede hacerle compañía ni distraerle mamá, que era lo que en el mundo prefería él á todo; mas al cabo, ¿no es esta la suerte de las mujeres? ¿No dejan siempre á los padres para irse con sus maridos? Me parece, pues, que no obro mal. Por otra parte, papá es todavía joven, tiene afición al estudio, á la caza, y está rodeado de atenciones, porque es alcalde del distrito é individuo de la Diputación, y ha de distraerse ocupado en tales quehaceres; le escribiré con mucha frecuencia y haré que mi esposo también le escriba; vendremos á verle, y si Ernesto adelanta rápidamente en su carrera, si llega á ser general y comendador de la Legión de Honor, de positivo tendrá papá suma satisfacción. Me dirá usted, querida tía, que estos son castillos en el aire; pero también yo necesito distraerme; porque aunque debería estar contenta teniendo mi suerte asegurada, pues voy á casarme con la persona elegida por usted, que tanto me quiere, tengo, sin embargo, un peso sobre mi corazón, y es el aire severo y triste de papá, que me produce mal efecto. ¿Por qué le causa á él pena lo que á mí me da contento? Acaso todo varíe así que conozca á Ernesto. ¡Ah! ¡Si pudiese oírle contar su primera campaña, la de Africa, donde salió herido en la frente, y la de Somorrostro, en que le mataron dos caballos! Si le viera, como nosotras le hemos visto, en esas noches, sentadas junto á los grandes plátanos, cuando nos refería todo lo que había observado y aprendido en sus viajes y campañas, haciéndonos reír con las ocurrencias de los soldados, papá también le querría; pero mucho me temo que nunca sean bastante amigos para que el coronel se espacie con él. La vida suele ser á veces bien penosa, querida tía...

Detúvose y de pronto soltó la pluma, que no expresaba bien sus ideas; porque en el fondo de su alma reinaba un conflicto de sentimientos que ella

no podía expresar. Dejó á un lado la carta diciendo: «Mañana por la mañana la acabaré;» y se puso á abrir las gavetas de su escritorio para distraer su imaginación, pues todo sirve en tales casos.

La primer gaveta, que al instante cerró, sólo contenía su dinero para el gasto del mes, con el librito en que anotaba sus gastos; en la segunda había algunas cartas de sus amigas y primas, de Alicia, de Hortensia y de María; las primeras confianzas de estos corazones inocentes, alegres gorjeos de la niñez, que no tenían ya atractivo para una joven dominada por pasiones de otra edad; en la tercera, á la cual dió una ojeada, estaban sus temas y composiciones. Entre sus planas de cuando niña, vió la galana escritura de su padre y la bonita letra de su madre; porque ambos habían corregido sus primeros ensayos. Acordóse entonces del celo y del cariño con que se ocupaban en su educación, de las muchas dificultades que le habían ahorrado y de las recompensas con que estimularan sus menores adelantos. Pues si ella sabía inglés, su madre se lo había enseñado casi jugando; si tenía afición á la historia, su padre se la había inspirado, dedicándose al estudio para mejor enseñarla á ella. Acordóse de su vida doméstica, animada con el calor de vivísimos afectos, con el profundo amor de dos seres que concentraban en ella su dicha y su alegría, donde cada uno hallaba algo del otro, viendo en el rostro de la niña una semejanza muy querida. ¿Qué era lo que en la actualidad le restaba á su padre? Nada más que ella. ¿Y qué era lo que dentro de pocos días le debía quedar? Nada absolutamente.

Cerró esta gaveta, de la cual, como de un nido de pájaros, se escapaban mil recuerdos, cuya grata memoria en aquellos instantes trocábase en tristeza.

En la cuarta gaveta había colocado, sin haber vuelto á verlas nunca, las alhajas de su madre y un cuaderno con dibujos, cartas y reflexiones, que era álbum y diario á un tiempo, preciosa reliquia donde estaba toda entera el alma de la madre. No había tenido hasta entonces valor para examinarle, por haber aplazado esta tarea para tiempos más tranquilos, para esa época en que las penas mismas tienen cierta dulzura. Y aunque este momento no había llegado aún, como ella necesitaba emociones vivas que distrajesen su ánimo de la preocupación que lo embargaba, se puso á hojear, no sin inquietud, el diario de su madre querida.

(Se continuará.)

UNA MÁRTIR DESCONOCIDA

6

LA HERMOSURA POR CASTIGO

CUENTO MORAL.



MAVILLA del Oriente llamaban á la hija del emperador Teodosio, la sin igual en hermosura Pulqueria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la princesa, nacida como su padre en Itálica, el tierno atractivo de su virginal semblante, la gallardía española de su cuerpo, su entendimiento claro y su honesta vida sobre todo, la atraían de cerca y lejos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en jerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo que debía oscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella. La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, ídolo de la imperial familia, jamás había visto á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie, ni nada. Pulqueria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las más gentiles damas de Constantinopla, no veía con ellos; Pulqueria nació y había vivido ciega hasta la edad juvenil, ciega oyó las cariñosas palabras de su madre Flaccila, cuando la criaba á sus pechos; ciega recibió la bendición de aquella mujer santísima cuando la llamó el Señor á recibir entre los ángeles el premio debido á tantas virtudes; ciega había escuchado los rendidos y amorosos ruegos del príncipe Favencio, que solicitó y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa, en llegando la joven á contar quince años.

Feliz Pulqueria por su estado, más feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la había enriquecido, felicísima por el amor que le tenían los suyos; bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que entraba en la pubertad y dando oídos á la voz universal que la

proclamaba por la más bella de las hermosas, nació en su corazón el vanidoso y vehemente deseo de ver para verse. Persuadida, y con razón, de que su madre habitaba la gloriosa mansión de los bienaventurados, cada noche le dirigía una ardiente súplica para que le alcanzase del Todopoderoso el don de la vista. Aparecióse una noche á Pulqueria en sueños, ó por mejor decir, figuróse Pulqueria una noche que se le ponía delante la feliz matrona, cercada de resplandores vívidos, ceñida la sien ya inmortal con la aureola de las esposas sin mancilla, una palma en la diestra y en la izquierda una corona formada de fúlgidas y rojas estrellas. «Hija mía, le dijo Flaccila con acento dulcísimo, Dios que sabe mejor que el hombre lo que al hombre conviene, se niega de continuo á satisfacer vuestros imprudentes antojos, porque de satisfacerlos, irremediable se seguiría vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la Divina Majestad sino lo mejor y más justo, bien puedes tener por cierto que la privación de vista era para ti un beneficio tan grande como para otros es el tenerla. Movido, sin embargo, el Señor de mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese don, en vez de producirte males te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma que te presento, victoriosa insignia de los mártires, necesario es, hija mía, que te resignes á no ver, hasta la hora precisa de tu muerte, aquello que más quieras, aquello cuya vista más ahincadamente desees. Dí si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á medio día te será milagrosamente otorgada.

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fe de su celestial origen piensa á veces en una difícil cuestión cuanto hay que pensar y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar un sí este largo discurso: «Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien limitado en parte, me ha de proporcionar, además de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca sería yo en verdad si no la admitiera. ¿Qué es lo que yo amo más en el mundo? Lo primero á mi prometido esposo, luego á mi padre, después á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al Emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol, de que nace el día, y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rugidos oigo desde mi lecho; veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y el esplendor de este soberbio alcázar; leve sacrificio es permanecer siempre ciega para un solo objeto pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo de la creación entera. Admito la condición, madre, quiero ver, sí. Dicho apenas este monosílabo, con la sorda articulación de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó se retiró la celeste visión.

Los goces que provienen del cielo se distinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable; éstos, en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan como el dolor más agudo; las fruiciones que el Altísimo envía á sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente, sin detrimento de nuestro débil sér físico. Así Pulqueria, después de la desaparición de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa despertó á la hora ordinaria; tranquila y gozosa se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitación de su padre, á quien lo mismo que á los hermanos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, ocultar la prodigiosa visita que la noche antes había recibido. Un solo efecto visible producía el júbilo interior que saboreaba Pulqueria; el de animar su rostro con tan nuevos encantos, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y porte con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamás, ni aun el día que, amando ella, supo el amor de Favencio, la habían visto los que la rodeaban tan alegre y hermosa. Sentada frente al Emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su amante, recibía de todos, aun de Teodosio mismo, afectuosos encarecimientos de su peregrina hermosura, nunca más deslumbradora que entonces, cuando el sol llegó al medio de su carrera. Instantánea y sobrenaturalmente, como si abriese los ojos después de un sueño apacible y breve, sin que la luz la ofendiera, la hermosa hija de Flaccila y de Teodosio, la más bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino don por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento. En un ¡ay! prolongado se resumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiración y la alegría causadas por el hallazgo y posesión de una dicha mayor que se

la pudo pintar la esperanza, mayor que la había solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inmediatamente los ojos; tres veces creyó que había muerto y que revivía. Conoció a Favencio, conoció a Teodosio, conoció a sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estatuas, las pinturas, el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... y quiso en fin conocerse a sí misma. Llevóla Teodosio a un espejo de plata tersísimo... miróse en él... y vió en la pulida superficie una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió un collar, y más arriba un zarcillo a cada lado, y más arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas... y todas estas imágenes de túnica, manto, collar, zarcillos y cinta se movían en el espejo según movía el cuerpo y la cabeza Pulqueria; pero de humana figura no se descubría en el espejo ni rastro. Llevóse la princesa la diestra á la frente, y entonces desapareció parte de la diadema como si la taparan con algo, apareció en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano puesta en la frente; pero sin verse frente ni mano; después de muy pocos instantes de prueba se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponían, menos la imagen de la princesa, desde el cabello á la planta. Probados otros espejos de diferentes materias, aconteció con todos lo mismo; quiso Pulqueria explicar á los circunstantes el terrible prodigio, y referir el coloquio habido entre ella y Flaccila; y negóse mal su grado la lengua á revelar el secreto, que por divina disposición había de mantenerse largos años oculto. Preguntó á su padre y á todos que si la veían en el espejo y respondiéronle que sí, porque para ellos el espejo representaba la imagen de Pulqueria lo mismo que la de otra persona. Cayó pues en la cuenta de que el objeto que no le había de ser visible en su vida eran sus gracias, y por consiguiente que lo que ella amaba más y con más ahínco apetecía ver en el mundo, no era su padre, ni eran sus hermanos, ni el hombre á quien había consagrado su primero y único amor; era ella misma.

Y si algún género de duda la hubiese quedado, el tormento indecible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en la bruñida lámina, le hubieran hecho comprender que una hermosura célebre, adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez y aun sin quererlo de suyo, había de venir por último á idolatrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, apostura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo había oído encarecer mil y mil veces; quería pues complacerse en su sonrisa, admirar su caída de ojos, percibir el roce y crecimiento de los matices purpúreos con que teñía el rubor sus mejillas, estudiar el tocado más propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos y el vestido más conveniente para que resaltara la morbidez de su cuello y brazos y la elegancia de su cintura: quería en fin conocerse y gozar de sí; había creído llegada la hora y hallaba que para todo tenía vista menos para verse: no podía ser el chasco más doloroso, ni más atroz el martirio. Sollozos y lágrimas de amargura se tornó en seguida el momentáneo alborozo que le causó la inestimable adquisición de la vista; mas ¡oh portento! con la angustia y el llanto (que todos los que lo vieron lo creyeron de júbilo) parecía más bella que antes, cuando sólo respiraba alegría: díjole Favencio que estaba más hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la serie larguísima de padecimientos que veía se le preparaban, hubiera querido entonces que destigurara su rostro una fealdad espantosa... con tal que nadie hubiera podido echarse la en cara.

Desde aquel día que tan venturoso había de ser para la hermosa Pulqueria, la risa huyó de sus labios y de su corazón el contento; pero su seriedad, bien que triste, era bella: todos eran á decirse lo y ella á rogar en vano que enmudecieran en su alabanza. ¡Cuánto no hubo de padecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bodas con el príncipe, ya en la lengua de Píndaro, ya en el metro de Horacio! ¡Cuánto no envidió la suerte de los mendigos é imposibilitados entre quienes solía repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veían y para ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á luz un hijo, una hija, dos... Quizá vea mi retrato en esa criatura, exclamaba al sentir fecundado su seno. ¡Vana esperanza! Todos se parecían á Favencio. Desesperada, furiosa, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgredió su cabello y se vistió con un traje tosco de esclava... nunca más seductora que en aquel desaliño.

Retirada en el palacio, para evitar los aplausos del vulgo, llegó á mandar á su servidumbre y familia y al mismo Favencio que para no alabarla no

la mirasen. Fué obedida; pero ¿cómo sujetar los ojos ni la lengua de sus hijos pequeñuelos? ¿Quién la libraba? Y aquellos inocentes, admirando en la faz de Pulqueria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mujeres veían, no podían menos de prorrumpir con el lenguaje arrebatado de la infancia: ¡Madre, querida madre, tú eres la más hermosa de las mujeres! Sí; respondía ella para sí suspirando: soy la más hermosa del mundo, y es tal mi desdicha que no puedo ver lo que soy. Para desahogarse de alguna manera, escribió una vez una como carta á su esposo, refiriendo la aparición de Flaccila y la dura ley á que estaban sujetos sus ojos; mas en el momento de acabar el escrito, se le desapareció de entre las manos.

Muchos años fué Pulqueria infeliz como víctima rebelde de una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la palma que le ofreció su madre cuando le anunció que vería. Consideró que si no llevaba con paciencia la privación de verse, durante su vida, no sólo no ganaría la palma del martirio, sino que ni aun tendría el consuelo de conocerse cuando se muriera, y por saciar su curiosidad á lo menos á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignación aquel martirio de su deseo, mientras el Señor la mantuviese en el mundo. El excesivo amor de sí misma la había apartado de la virtud y, por consecuencia, de la felicidad, y aquel mismo impulso la conducía por fin á la virtud y á la dicha: prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas ó buenas, únicamente nos dañan y benefician según el uso que de ellas hacemos. Así Pulqueria, gastada algún tanto su curiosidad con el tiempo, fué poco á poco avezando á oír sus elogios, primero sin ira, después con tolerancia, más adelante con sufrimiento, y al cabo con humildad reverente.

Siempre experimentaba una sensación dolorosa al oír una razón ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante después, obraba el conocimiento y decía: «Cuando muera, me verá: sometámonos entretanto á lo que el Señor ha dispuesto.» No se escondía ya de las gentes para excusarse de oír felicitaciones y cumplidos; no se vestía mal para quitar lucimiento á su belleza; salía con frecuencia en público prendida y adornada como correspondía á la hija y hermana de los Césares, buscando ocasión para triunfar de sí misma. Ocurriósele varias veces que su belleza naturalmente debía decaer con los años y cesar la mortificación que le ocasionaba; equivocóse hasta en esto: Pulqueria estaba condenada á ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años florecía con la delicada hermosura de la doncella; de treinta descollaba en la sazónada y perfecta beldad de la esposa; de cuarenta ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano.

Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijos y nietos, y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era menos. Ya Teodosio había muerto. En aquel medio siglo todo había envejecido al rededor de Pulqueria; Pulqueria no; Pulqueria tenía la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincuagésimo aniversario del natal feliz de su esposa, vinieran de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueras y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada al tocador con el inútil espejo delante, se hallaba Pulqueria en su cámara de vestir dejándose engalanar por sus damas, cuando la ilustre turba invadió la estancia precipitándose á los pies de la hermosísima abuela. Echada la bendición á todos, desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueras y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quién le servía el calzado, quién le rodeaba el ceñidor, quién le ponía el collar, quién le echaba á los hombros el manto, quién le adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema que sólo una vez suelen ocurrir en la vida del hombre. Pulqueria, no obstante, había disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista. Miró al espejo, señora — le dijo con tierna efusión la mayor y más hermosa de sus nietas. — Mirate y verás cómo todavía nos vences á todas en hermosura. Miró Pulqueria por complacer á la nieta, que era su favorita, aunque estaba muy ajena de verse, y por primera vez de su vida percibió en el espejo una imagen que debía ser la suya. Vió primero una niña de pocos días, que sin embargo era ya hermosa; las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de más, y así fueron apareciendo en el espejo cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos, de manera que en un instante conoció Pulqueria todo lo que había sido, todos los grados de belleza que había contado des-

de que nació hasta aquel mismo día. ¿Conque esta fui yo? — dijo Pulqueria con un acento de indefinible expresión, que confundió á su familia, la cual no veía en el espejo más que la imagen de la abuela, tal como naturalmente debía entonces representarla. — ¿Conque esta soy yo? — volvió á decir mucho más conmovida y balbuciente. — Y respondió á sus palabras una voz del cielo, aquella voz que le hablara lo menos treinta y cinco años antes, la voz de Flaccila, clara y blandamente le dijo: «Esa fuiste, hija mía; pero mira lo que vas á ser ahora.» Súbitos desaparecieron en el espejo los atavíos mundanales de la princesa: cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenían sujetos, y derramáronse vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de la que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del Empíreo; en su diestra aparecía la palma del triunfo, en su cabeza la corona de estrellas, refulgente símbolo de bienaventuranza durable; dos alas candidísimas doradas á trechos le salieron de los hombros; y así representada una figura de un ángel que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalem celeste, vió Pulqueria en el espejo, después de las gracias de su ser físico, la imagen de su alma. Una sonrisa dulce asomó á sus labios, cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó caer blandamente la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu en brazos de la bienaventurada Flaccila se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La plata del espejo que ya no había de ser profanada con otra imagen, perdió su diaphanidad convirtiéndose en un mineral blanco y sin brillo, como alabastro sin pulimento, brotando en su superficie las letras de aquella carta que escribió Pulqueria para revelar el secreto de su vida y se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos experimentaron al perder á Pulqueria, se mitigó al entender por el escrito que Pulqueria infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenía la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponían al tocador para vestirse de baile, añadía de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras: «En efecto, queridas, el mayor suplicio para la mujer es el que atormenta su vanidad, así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate su orgullo.

J. E. H.

AGRICULTURA

EFFECTO DE LOS BOSQUES EN LAS LLUVIAS.

Se hacen observaciones en dos comarcas de la India inglesa para adquirir datos sobre esta importante cuestión.

Una de las estaciones, bajo la dirección del profesor Tartch, de la Escuela Forestal, se estableció en Dehra. Hay dos observatorios, uno al nivel del suelo y sobre la hierba, á 100 pies distante de todo árbol, el techo es de paja. El otro está á una elevación de 70 pies sobre el suelo; y tiene tres techos, uno de hierro, otro de madera y el tercero de género tejido, con espacio para la circulación del aire entre las tres clases de material. La construcción tiene por objeto permitir la más libre circulación del aire atmosférico, pero al abrigo de los rayos del sol, para que éstos no influyan directamente en los termómetros. Está situado á 400 pies de distancia del primero, en medio de un bosque de árboles frutales de 18 pies de altura é inmediato á una higuera que tiene la misma elevación del observatorio.

Se ha establecido un sistema de observaciones para determinar la influencia de los árboles, semejante á las que ha practicado el Dr. Ebermeyer en Baviera, y hace cuatro años que se siguen otras parecidas en el observatorio de Alipore.

La historia nos refiere hechos relativos á los perjuicios causados á los países por la tala de los montes. Muchos ríos han desaparecido totalmente ó han sido reducidos á simples arroyos por la tala imprudente y maligna de los montes. Al Norte de Alemania existe sólo de nombre el Narp y el río de Oro; los países de la antigüedad presentan la prueba de la desolación causada por la tala. En Palestina los ríos y arroyos han desaparecido, y con ellos la fertilidad del terreno: el Jordán tiene hoy cuatro pies menos que en tiempo del Nuevo Testamento. Grecia y España sufren hoy los efectos de la destrucción

de sus montes; y gran parte del reino de Wurtemberg está hoy casi desolada por la misma causa. En Hungría se considera la tala como causa única de las sequías periódicas. En el Asia Menor, la esterilidad del suelo se atribuye á la destrucción de los montes; Cerdeña y Sicilia, que en un tiempo fueron los graneros de Italia, sufren hoy las mismas consecuencias.

En el delta del Bajo Egipto llovía antes, según datos, sólo 5 ó 6 veces al año; mas desde que Mehemet-Alí hizo plantar allí 20.000 árboles, llueve 45 ó 46 veces al año. Uno de los buenos efectos pro-

ducidos por el canal de Suez, ha sido el cambio de los terrenos adyacentes. Ismailía estaba construída en un terreno arenoso y estéril, pero desde que la tierra recibió la humedad de las aguas del canal, han crecido allí montes, arbustos y árboles que han cambiado como por encanto el aspecto y el clima del lugar. Hace cuatro ó cinco años que en aquellas comarcas no se conocía la lluvia, y últimamente un año llovió 14 veces, y una con tal fuerza, que los habitantes creían que era un fenómeno sobrenatural.

El Austria tiene una triste experiencia de los resultados de la tala. En el espacio de terreno que hay

cerca de Trieste, en el camino de Italia, que es un espacio en donde sólo hay eriales y rocas, existió hace 500 años un hermoso bosque que los hombres destruyeron para hacer madera y carbón; infructuosos han sido los esfuerzos hasta hoy para hacer productivos aquellos terrenos.

Las más fatales consecuencias ha producido la tala en Dinamarca, Prusia y Francia. Donde se han secado todos los ríos menores y fuentes, convirtiéndose en arenales desiertos los hermosos campos de antes. Las dunas de Dinamarca cubren más de 160.000 acres, las de Prusia 110.000, la sola pro-



EL MOLINO DE LOS SOUBIRONS, EN LOURDES.

vincia de Gascuña (Francia) más de 200.000, y en toda Europa, según el cálculo de Pannewitz, la arena movediza cubre 700.000.000 de acres. No cabe duda que este inmenso desierto pudiera devolverse á la agricultura con sólo plantar árboles que, favoreciendo la humedad, hicieran surgir poco á poco la vegetación.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Liga ó pasta para pegar, cazar, calafatear y otros usos. — La liga, propiamente dicha, se emplea para la caza de pequeñas aves y para preservar los árboles de los insectos y las orugas; puede obtenerse de dos maneras: la primera extrayéndola de la corteza del acebo, de la raíz del viorno ó sauquillo, ó de los frutos del mismo viorno, del muérdago y del sebesto. La liga de acebo ha recibido el nombre de liga inglesa, y para obtenerla se deja podrir la corteza y se la muele, se lava y se pone en frascos.

La segunda manera de confeccionar la liga, es mezclando con la ayuda del calor 100 gramos de colofonia, 50 gramos de aceite de oliva, y 150 gramos de liga inglesa.

La liga marina que se emplea para calafatear los buques, se hace de la siguiente manera: En un vaso cerrado se deja, durante tres ó cuatro días, una porción de caouchout en contacto con el aceite del alquitrán, decántese el líquido y se disuelve en él en caliente tres veces su peso de goma laca, y cuando se quiera emplearla, se la hace fundir á una temperatura de 120 grados.

Dicha liga no puede aplicarse sino sobre las maderas previamente secadas, como es fácil preverlo,

puesto que no se liquida sino á una temperatura bastante elevada, capaz, por consecuencia, de hacer desprender gran cantidad de vapores al contacto de la madera húmeda.

Se fabrican dos clases de *liga marina*, la una negra y la otra rubia; la primera es la más empleada en las construcciones, los armazones, las cañerías y sumideros, etc. Es muy útil, sobre todo para preservar, formando una capa brillante, las superficies de las piezas de madera para armazones, ó las de hierro en chapa, contra las alteraciones que provienen de la picadura de los insectos, ó de la acción del aire.

La liga marina rubia sale á un precio más elevado; pero no cambia el color de las maderas sobre las que se aplica; puede ser empleada para el barnizado de las carretas, de los vagones, establos, etcétera.

La cola impermeable, líquida, que ha sido inventada hace una veintena de años, permite hacer unas cubetas impermeables para la fotografía, porque resiste á la acción del nitrato de plata, y también al ácido nítrico ú otros ácidos concentrados. Suaviza las maderas y les da una gran resistencia. Con los polvos metálicos da sobre el yeso, la tierra cocida, el hierro y la chapa, un bronceado de muy buen efecto. Es un excelente barniz para las mesas de laboratorio, las tablas de biblioteca y de los museos, el revés de la tela de los cuadros, etc. Sirve para encolar el mármol y el vidrio consigo mismo, ó con el hierro, el zinc y las piedras.

La liga transparente para soldaduras transparentes, pedazos de cristal, etc., se obtiene haciendo fundir 75 centigramos de caouchout en 60 gramos de cloroformo, añadiéndole 15 gramos de mástic y dejándolo macerar todo durante ocho días. Esta liga se aplica con un pincel en frío.

Conservación de la miel. — La miel contiene por término medio uno por ciento de ácido fórmico, y se ha observado que la miel natural se conserva mejor que la que ha sido clarificada y privada de aquel elemento. Tal observación ha sugerido la idea de favorecer la conservación de la miel, adicionándole una pequeña cantidad de ácido fórmico, que impide su fermentación sin alterar el sabor de la miel.

Tinte de las plumas. — Las plumas se tiñen casi de igual modo que las sedas; los colores de anilina, especialmente, se aplican con mucha facilidad y producen numerosas y variadas entonaciones. Las plumas, primeramente se lavan en un baño con agua jabonosa tibia, aumentando la temperatura hasta 85°, sin que en ningún caso llegue á la ebullición. Las plumas pueden teñirse de negro ó pardo, pero tratándose de colores claros, es preciso exponerlas antes á vapores de azufre en una cámara cerrada y por espacio de doce horas, después de lo cual pueden teñirse sin dificultad por el sistema usual.

Dimensiones de las cuatro lonjas de la corona de Aragón. — La de Zaragoza, que es la más larga, mide 37,15 metros por 24 metros de ancho, siendo su superficie de 891,60 metros cuadrados y su elevación 14,95. La de Valencia tiene 36,50 metros por 20,90 metros, superficie 762,85 metros cuadrados. La de Palma de Mallorca 36 metros por 24,02, con superficie de 864,72 metros cuadrados; y la de Barcelona 32,32 metros por 20,90, 675,49 metros cuadrados de superficie y 16,02 metros de altura.